

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 4, capítulo XXXIV

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 4, capítulo XXXIV

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo XXXIV

**Instalación del segundo Congreso
Constitucional; Juárez enjuiciado**

Mayo a junio de 1861

XXXIV

INSTALACIÓN DEL SEGUNDO CONGRESO CONSTITUCIONAL; JUÁREZ ENJUICIADO

Mayo a Junio de 1861

De acuerdo con lo dispuesto en la convocatoria a elecciones de diputados y de presidente de la República, de noviembre de 1860, éstas tuvieron lugar el 5 de febrero en la mayor parte del país, aunque originalmente se había señalado la primera semana de enero, pero se modificó por los acontecimientos que se presentaron después de la convocatoria.

Se fijó como fecha para que se reuniera el Congreso la tercera semana de abril inmediata, pero no fue posible iniciara sus trabajos porque los diputados se trasladaron a la capital con demora.

A principios de mayo se logró reunir un número suficiente de diputados que permitió su instalación el 9 de ese mes. Juárez compareció ante la representación nacional para informar sobre las actividades del Poder Ejecutivo a partir de "la funesta noche del 17 de diciembre de 1857".

En forma somera, pero prolija, dio cuenta al Congreso de las diferentes etapas de la lucha. Señaló el proceso por el cual el pueblo "sintió la imperiosa necesidad de no limitarse a defender sus legítimas instituciones, sino de mejorarlas, de conquistar nuevos principios de libertad".

Explicó cómo surgieron las Leyes de Reforma y finalmente declaró que asumía ante la asamblea y la posteridad "la responsabilidad de todas las medidas dictadas por mi administración y que no estaban en la estricta órbita constitucional".

El documento es por demás valioso, poco conocido, fundamental para redondear los antecedentes de la Reforma, a la que considera que "ha sido sancionada por el voto unánime de los pueblos y las leyes que la decretaron son parte esencial de nuestras instituciones".

Respecto a la Hacienda Pública reconoce que la situación es grave y que la nacionalización de los bienes de manos muertas no la ha podido remediar; informa que se han hecho ahorros pero que es necesario "dictar medidas enérgicas y de un carácter demasiado grave para arreglar la deuda pública".

Examinó los principales ramos de la administración y señaló los problemas y los avances logrados en su solución. Destacó su propósito, mientras ejerza provisionalmente el Poder Ejecutivo por ministerio de la ley, de "acatar y hacer que sean respetadas cuantas disposiciones emanen del Congreso de la Unión".

El presidente del Congreso, José María Aguirre, contestó al Presidente Juárez, en un discurso de alto contenido doctrinario; señaló que en medio de la lucha por restaurar el orden constitucional, el pueblo "proclamó principios que, nulificando el poder de sus enemigos, dejaron muy atrás a la Constitución de la República. Esos principios que son los que comprenden las Leyes de Reforma fueron, desde entonces, el estandarte a cuyo rededor se agruparon los defensores de la democracia".

Juárez, en su informe, no apuntó la necesidad de incorporar esas leyes a la Constitución. En cambio el diputado Aguirre, acaso por primera vez, insinúa que los principios de las Leyes de Reforma, reconocidos por el Congreso en cuyo nombre habla, obligarán a poner "en armonía con ellos las leyes fundamentales del país. Esta es la primera necesidad de la situación, ésta es la exigencia más importante de la Revolución".

Señaló la urgencia de dar fin a la dictadura que fue necesaria en la etapa de la lucha pero ya no lo será en el futuro, porque se espera que "todas las autoridades arreglen sus actos a la Constitución de la República".

Elogió a Juárez por su conducta en los años de la guerra de Reforma y celebró los esfuerzos para "borrar las huellas sangrientas de la

revolución, calmando pasiones aún conmovidas y haciendo apreciar al pueblo mexicano los beneficios de la paz, bajo las instituciones más libres de la tierra".

Aunque la Constitución de 1857 no era parlamentaria, en el ambiente de los hombres de la Reforma había una tendencia extralegal en ese sentido, que Justo Sierra explica como una influencia de "nuestra educación francesa".

Veamos cómo Sierra apunta la situación en esos agitados días de mayo de 1861:

Empezó a funcionar el segundo Congreso -porque el primero, muerto al golpe de Estado cuando apenas nacía, se declaró, por el asentimiento general, extinguido en la hoguera de la guerra reformista- y Juárez no tuvo otro pensamiento que marchar perfectamente de acuerdo con él; tal cosa exigía de consuno nuestra situación tanto interior como exterior: o la dictadura imposible en aquel trance o la ecuanimidad de los poderes supremos; fuera de este dilema no había salvación para la patria. Los ministros, que casi desde la restauración del gobierno constitucionalista habían ejercido el poder, llevaban la idea -de ella también Juárez estaba profundamente penetrado- de que su responsabilidad los obligaba a cierta especie de independencia de acción semejante a la de los ministros parlamentarios y el presidente era, en realidad, el consejero de sus consejeros. De aquí una inesperada consecuencia: la popularidad de los ministros estaba, al mediar el año de sesenta y uno, mucho más gastada que la de Juárez y al reunirse el Congreso se vio regocijadamente glosado y comentado por la murmuración pública el hecho curioso de que unos ministros que renunciaban porque se creían en la obligación de ocupar sus curules de diputados, eran *incontinenti* remplazados por otros diputados".¹

¹ Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, 2ª edición, XIII, p. 272.

Por ello renuncia el gabinete y tiene que reestructurarse ocupando León Guzmán las secretarías de Relaciones y Gobernación; Joaquín Ruiz, la de Justicia e Instrucción Pública; Zaragoza continuó en la de Guerra; pero, en cambio, la Hacienda quedó a cargo del oficial mayor Francisco P. Gochicoa y la de Fomento también atendida por el oficial mayor Manuel Orozco y Berra.

En esos días de angustia por la falta de recursos económicos, los cobros, muchos de ellos justos, ponían en aprieto a Juárez. Como ejemplo típico de él reproducimos la correspondencia en el caso de Agustín Iguera, liberal que facilitó dinero para la lucha en 1854 y que, arruinado y urgido, reclamaba su pago en 1861. Juárez le da una serie de explicaciones y excusas que deben dolerle mucho, pero la verdad es que no hay con qué pagar.

Desde luego el Congreso comienza a actuar; hemos seleccionado algunos decretos de importancia como aquel en que declara que Comonfort cesó como presidente el 17 de diciembre de 1857, día en que se adhirió al Plan de Tacubaya.

Otro más, patético por su lacónica elocuencia, autoriza al Ejecutivo que consiga un millón de pesos como pueda y lo emplee exclusivamente para extirpar las guerrillas de reaccionarios y el bandolerismo que asolan al país.

Con sentimiento y dolor, descubrimos hace ya algunos años dos cartas de Melchor Ocampo fechadas el 14 y 17 de mayo, dirigidas a Juárez, desde su retiro de Pomoca. Seguramente son de las últimas que escribió, cuando menos no se conocen otras, pues él mismo apunta que los bandidos están asaltando el correo.

Hemos leído y releído su texto en el original amarillento y no podemos negar la emoción, dolor y respeto que su lectura nos produjo. Pensamos que el lector tendrá similar reacción. Destilan bondad, sencillez, ingenio, fina ironía, elegante bonhomía. Por ello las hemos reproducido en facsímil.

¡Qué ingenua y sencilla descripción de las cualidades del vino fabricado con la uva silvestre del volcán de San Andrés, cercano a

Tajimaroa, hoy Ciudad Hidalgo! Algunas veces, cuando hemos recorrido esa montaña y cerca de los "chifladores" que arrojan vapores de agua cargados de azufre, arrancamos la uva silvestre, al percibir su sabor agri dulce y semiamargo, hemos recordado que Ocampo decía a Juárez en una de estas cartas que esa fruta tenía "un gusto salvaje".

Mathew, encargado de Negocios de la Gran Bretaña, apremia a Juárez para que pague el saldo que aún se debe por intereses británicos del dinero tomado a la conducta de Laguna Seca; le advierte que Wyke, el nuevo ministro que ya está en el país, no presentará sus credenciales mientras esta cuestión no se resuelva.

Afortunadamente el 25 de mayo Sir Charles Lennox Wyke presentó sus credenciales acreditándose como ministro de la reina Victoria, pronunciando un discurso amistoso, deseando la paz para México. Juárez contesta asegurando que la Constitución y las Leyes de Reforma son bases sólidas para alcanzar el orden y la libertad. ¡Parecía que este flanco de la ofensiva internacional estaba cubierto!

Vidaurri, mientras tanto, continúa en sus expresiones de adhesión y simpatía por Juárez y sus quejas porque se siguen nombrando empleados federales que, al ocupar sus cargos, limitan las facultades que indebidamente ejercía Vidaurri. Juárez contesta con ejemplar paciencia, casi benedictina.

El Congreso se erige en Colegio Electoral el 23 de mayo para calificar las elecciones de presidente de la República y resuelve aplazar el escrutinio por 10 días en vista de que aún no llegan todas las actas que se esperan.

El grupo minoritario de la comisión escrutadora presentó un dictamen, sobre el que no se votó, proponiendo se declare que ningún candidato obtuvo mayoría de votos y que procede que el Congreso elija entre los que tuvieron mayor cantidad de sufragios.

Los grupos reaccionarios día a día adquirían mayor fuerza, por la carencia de tropas que los combatieran; la falta de recursos económicos maniataba al gobierno. Los caminos estaban infestados de gavillas de ladrones y las guerrillas reaccionarias asolaban el centro del país.

La comisión de Salud Pública del Congreso propone la suspensión de garantías para que el Ejecutivo tenga mayor libertad de acción en la lucha contra los rebeldes y la anarquía. En un ambiente de amplia libertad desusado en México, se inicia la discusión de esa propuesta en el Congreso, el 28 de mayo o sea a las dos semanas de instalado. Se llama al gabinete y frente a los ministros se exhibe la desconfianza en cuanto al uso que el Ejecutivo haga de esas facultades.

Al día siguiente continúa la discusión, terciando en ella, contra la iniciativa, los diputados Suárez Navarro y Linares. El presidente del Congreso, José María Aguirre, abandonando su sitio va a la tribuna para pronunciarse contra la propuesta que considera un voto de confianza al Presidente Juárez; con notoria pasión lo acusa de falta de iniciativa y de que, con olvido del decoro nacional, lo puso "a los pies de los norteamericanos por medio del Tratado McLane, en que se permitiría la introducción de tropas extranjeras al territorio nacional y se autorizaba al gobierno de Washington para el arreglo de los aranceles mexicanos".

Grave y peligrosa acusación del diputado Aguirre que es aún arma de quienes pretenden atacar la memoria y actuación de Juárez. Conocen el cargo, pero ignoran la forma en que se lanzó y la reacción del Congreso y de la opinión pública contemporánea.

Por ello se reproducen las copias de las actas de las sesiones en que se examinó este asunto y podrá constatarse cómo Manuel Ruiz y Juan José Baz rechazan de inmediato la imputación y, al pretender Aguirre insistir en su cargo, ante el rechazo general del Congreso, deja la tribuna y vuelve a su sillón de la presidencia.

El 31 de mayo la Cámara recibe, por boca de Manuel Ruiz, una amplia explicación; da lectura del texto del tratado, lo comenta y, además, hace una detallada explicación de la situación, presiones y luchas que el gobierno constitucional tuvo que sostener en Veracruz.

Ruiz habla por sí y con autorización del Presidente Juárez. Sus palabras son de gran utilidad para entender la situación y la génesis del mencionado tratado desde el ángulo de la realidad política.

El diputado Aguirre va a la tribuna y aclara que conocía el texto del tratado por una nota publicada en *La Crónica* de Nueva York y acaba

proponiendo se pida al Ejecutivo envíe al Congreso el tratado y todos los documentos conexos para que el Congreso los conozca.

No hubo, pues, decisión de ese cuerpo frente a la temeraria opinión del diputado Aguirre y en el mismo Congreso se señaló esa acusación como una maniobra para obligar a Juárez a dejar la presidencia.

Al día siguiente se pide a la secretaría de Relaciones el expediente y dos días después el ministro León Guzmán lo remite, como puede leerse en las comunicaciones que se insertan más adelante.

Los graves acontecimientos posteriores distrajerón la atención del Congreso y el asunto no volvió a tratarse, pero el expediente continuó en el Archivo del Congreso y en el incendio que éste sufrió en 1872 se quemó, junto con numerosos documentos de importancia. Maliciosamente se dijo que el gobierno lo ocultaba, cuando la verdad de los hechos fue la mencionada.

La opinión pública reaccionó y surgieron numerosas protestas contra la opinión del diputado Aguirre entre la que se destaca el magnífico artículo de Francisco Zarco, que nos parece uno de los mejores análisis que conocemos de la situación política de ese momento y de la génesis del célebre tratado.

A mediados de mayo se designa a Joaquín Ruiz, distinguido abogado poblano, como ministro de Justicia y de Fomento y casi a fin de mes a José María Castaño para el ministerio de Hacienda.

DOCUMENTOS

Mayo a junio de 1861

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EXCELENTÍSIMO
SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MEXICANA
DON BENITO JUÁREZ EN LA SOLEMNE APERTURA
DE LAS SESIONES DEL CONGRESO DE LA UNIÓN,
EL DÍA 9 DE MAYO DE 1861

Señores diputados:

Encargado del Ejecutivo en los momentos en que el primer guardián de las instituciones las derrocaba y hundía a la República en los horrores de la guerra civil, siempre anhelé, como única recompensa de mis afanes durante la lucha, que la Providencia me concediera la satisfacción de presenciar el triunfo del pueblo mexicano y la restauración completa del orden constitucional.

Disfruto en este momento esa satisfacción al veros reunidos para ejercer libremente, conforme a la Constitución, el Poder Legislativo como representantes del pueblo. La reunión del Congreso ha sido uno de los votos más sinceros del Ejecutivo; la convocatoria se expidió antes del completo triunfo de las armas nacionales; no se ha omitido esfuerzo para facilitar las elecciones; los ciudadanos, al emitir sus sufragios, han gozado de la más amplia libertad y el gobierno ha anhelado el grande acontecimiento de este día, como el complemento de las victorias del pueblo, como la consumación de la revolución progresista, como el principio de una era nueva en que el patriotismo, la prudencia y la constancia afirmen y consoliden para siempre en nuestra patria las instituciones democráticas.

No encontráis, señores diputados, al país en la misma situación en que lo dejó el Congreso disuelto la funesta noche del 17 de diciembre de 1857, ni venís, por lo mismo, a presenciar y terminar la restauración de aquel estado de cosas. Al desencadenarse la guerra con todas sus

calamidades en toda la extensión de la República, causó males profundos, hondas heridas, que aún no pueden restañarse. Pero en el mismo ardor de la contienda el pueblo sintió la imperiosa necesidad de no limitarse a defender sus legítimas instituciones, sino de mejorarlas, de conquistar nuevos principios de libertad, para que el día del vencimiento de sus enemigos no volviese al punto de partida de 1857, sino que hubiera dado grandes pasos en la senda del progreso y afianzado radicales reformas, que hicieran imposible el derrumbamiento de sus instituciones. El gobierno comprendió que era de su deber ponerse al frente de ese sentimiento nacional y desplegar una bandera que fuese a un tiempo la extirpación de los abusos de lo pasado y la esperanza del porvenir.

De aquí nacieron las Leyes de Reforma, la nacionalización de los bienes de manos muertas, la libertad de cultos, la independencia absoluta de las potestades civil y espiritual, la secularización, por decirlo así, de la sociedad, cuya marcha estaba detenida por una bastarda alianza en que se profanaba el nombre de Dios y se ultrajaba la dignidad humana. La Reforma prestó aliento a los denodados defensores de la Constitución; la Reforma ha sido sancionada por el voto unánime de los pueblos y las leyes que la decretaron son parte esencial de nuestras instituciones.

El gobierno, que, desde que residió en Guanajuato procuró la reunión del Congreso sin poderla lograr por circunstancias superiores a la voluntad de los representantes, no pudo sacrificar la sustancia a la forma y se determinó a ejercer la facultad legislativa en cuantas materias era necesario. Así lo reclamaron las legislaturas de varios estados y de éstos no ha habido uno solo que no haya ocurrido al Ejecutivo pidiéndole medidas que importaban la facultad de legislar, facultad que autorizaban las circunstancias y que hacían indispensables las vicisitudes de la contienda y facultad de que el Ejecutivo anhelaba desprenderse ante la representación nacional.

Acepto ante esta asamblea, ante mis conciudadanos todos y ante la posteridad, la responsabilidad de todas las medidas dictadas por mi administración y que no estaban en la estricta órbita constitucional, cuando la Constitución derrocada y tenazmente combatida había dejado

de existir y era, no el medio del combate, sino el fin que en él se proponía alcanzar la República.

Notorios son al mundo los acontecimientos que han señalado la guerra civil, en que al fin fueron vencidos los enemigos de nuestra libertad. No es de este momento referir estos sucesos a una asamblea en la que descubro a muchos de los eminentes ciudadanos que en los consejos y en los campos de batalla han servido con denuesto a la causa de la Constitución y la Reforma y cuya elección es, sin duda, una prueba completa de que el pueblo acepta y aprueba los principios que han sido personificados por sus escogidos.

El pueblo ha luchado con constancia contra sus opresores y alcanzado victorias espléndidas en casi todo el territorio. Los estados todos hicieron esfuerzos inauditos en favor de la libertad; mientras la invicta Veracruz rechazaba el recio empuje de la reacción, 1,000 caudillos se cubrían de laureles en Michoacán y en Guerrero, en Zacatecas y en Durango, en Nuevo León y Tamaulipas, en Sonora Sinaloa. Y, al fin, la espada victoriosa del héroe de Calpulalpan, abrió las puertas de esta hermosa capital al gobierno legítimo, dando el golpe de gracia a los usurpadores.

Desde entonces comenzó para el país y para el gobierno una nueva época llena de dificultades y conflictos. La lucha había concluido: era menester comenzar una obra de reparación y de reorganización. La guerra, la opresión, todo lo habían desorganizado. Quedaban complicaciones y dificultades en todos los ramos de la administración pública, desde las instituciones municipales, hasta las relaciones exteriores. Relajado el hábito de obediencia, confundidas las atribuciones durante la lucha, parecía difícil restaurar la unidad nacional.

Y, sin embargo, debo decirlo con satisfacción, gracias al buen sentido de los estados y de la mayoría de nuestros conciudadanos, las dificultades que se preveían o no se han presentado o han ido desapareciendo, y la federación se encuentra compacta, firme, unida por el vínculo constitucional y dispuesta a sostener las instituciones y acatar las leyes que expida esta augusta asamblea.

Las relaciones exteriores del país ofrecían grandes complicaciones creadas por la reacción, que legó al país amargos males que serán lección provechosa para lo futuro.

El gobierno se vio en la necesidad de hacer salir de la República al embajador de España, al delegado apostólico y al ministro de Guatemala, por la parte que habían tomado en nuestras contiendas civiles y el apoyo que habían prestado a la facción rebelde. Esta medida no ha sido un rompimiento con España y Guatemala, naciones ambas con las que ligan a la República lazos indisolubles de origen y de raza y es de esperar que el gobierno de su majestad católica [S. M. C.] y el de nuestros vecinos meridionales, procediendo con equidad y justicia, restablezcan sus relaciones diplomáticas con México, bajo el pie de franqueza y cordial amistad que nunca debieron perder, resolviendo las cuestiones pendientes por los medios usuales entre las naciones civilizadas. No faltan motivos de queja contra Guatemala, que el gobierno hará valer oportunamente.

En cuanto a la expulsión del delegado apostólico, no hay en ella ni cuestión diplomática, ni ataque a la libertad religiosa. Con el gobierno temporal de Roma, la República conservará las mismas relaciones que con los de las otras potencias y las leyes que aseguran la libertad de cultos, no se oponen a que los católicos residentes en el país mantengan libres relaciones con el jefe de su religión, pero sólo en lo espiritual.

Con los Estados Unidos de América se mantienen las más cordiales y amistosas relaciones, desde que el gobierno americano reconoció al constitucional de la República.

Se han restablecido las relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña, la Francia y la Prusia.

Están en vía de arreglo las dificultades pendientes y todo pacto que el Ejecutivo celebre para allanarlas, será revisado conforme a la Constitución, por el Congreso, que cuidará, sin duda, de la honra y del decoro de la nación.

Con todas las demás potencias de ambos continentes se conservan buenas relaciones.

Los extranjeros disfrutan en el país de toda clase de garantías y encuentran fraternal acogida.

El Ejecutivo ha procurado ayudar a los estados a restablecer en su régimen interior el orden constitucional, sin mezclarse en sus cuestiones interiores. Las legislaturas están ya reunidas y se ocupan, unas de formar las instituciones de los estados y otras de consolidar la paz y mejorar la administración.

Algunas partes de la República demandan medidas de un carácter excepcional, que el Ejecutivo propondrá al Congreso.

Yucatán es presa de la anarquía, su territorio se ha dividido en dos estados y, por desgracia, allí la raza indígena ha sido vendida por ávidos especuladores y reducida a esclavitud en país extranjero. El gobierno, para lavar esta mancha, ha dictado cuantas medidas cabían en sus facultades.

En Sonora la guerra de castas causa horribles estragos y el gobierno, contando con la cooperación de los estados vecinos, le ha impartido todos los auxilios de que podía disponer.

A los demás estados se les han hecho cuantas concesiones han pedido en favor de la instrucción pública y la beneficencia.

La solicitud del gobierno se ha extendido hasta la Baja California, dictando las medidas que reclamaba como las más a propósito para desarrollar sus elementos de prosperidad.

Se ha procurado mejorar la situación del Distrito Federal, de modo que sus ciudadanos gocen de los beneficios de nuestras instituciones.

Se ha asegurado a la imprenta la más amplia libertad de que jamás ha gozado en la República, dándole la garantía del jurado y tampoco han encontrado la menor traba los derechos de reunión y de petición.

Se han dictado las medidas convenientes para la pronta reorganización de la guardia nacional, de modo que sea el apoyo de las instituciones sin causar gravamen al erario.

El gobierno, al llevar a cabo las Leyes de Reforma, no ha omitido esfuerzo por conservar y mejorar las instituciones de beneficencia, poniéndolas bajo su inmediata vigilancia para hacerlas realmente útiles y provechosas.

Han sido restablecidos los tribunales, cuidándose eficazmente de la pronta y cumplida administración de la justicia y a ellos están sometidos

los culpables de grandes atentados contra la nación, para que se haga efectiva su responsabilidad conforme a las leyes.

El pueblo disfruta ya del beneficio que le hizo la Constitución de abolir las costas judiciales.

Se ha acordado el modo de dotar al distrito de códigos completos, que serán la gran mejora de la administración de justicia.

Los grandes establecimientos de instrucción pública, que son una de las más bellas glorias de nuestro país y de los que brotará la semilla que mejore y engrandezca a la República, estaban unos a punto de perecer y otros completamente cerrados. El gobierno creyó que uno de sus primeros deberes era restaurarlos y así lo ha hecho con todo afán, encontrándose ya abiertos y notablemente mejorados todos los colegios de la capital.

La sociedad anhela con la libertad grandes mejoras materiales; ellas han ocupado la atención preferente del Ejecutivo, que ha podido, en un corto período, decretar las medidas necesarias para la construcción del ferrocarril entre México y Veracruz y la de otra vía férrea entre Chalco y México.

Despertando el espíritu de empresa y de asociación, quedan estudiadas y preparadas otras mejoras, para cuya realización el gobierno está seguro de que contará con el concurso del Congreso.

La Hacienda pública se encuentra en lamentable situación, que no pueden remediar las Leyes de Reforma ni la nacionalización de los bienes de manos muertas, en medio de las circunstancias apremiantes del momento y de urgencias que no admiten demora. Estrictas economías, buena fe y severidad en la distribución de los fondos públicos, son indispensables para crear el erario nacional.

El gobierno ha procurado en los presupuestos los ahorros compatibles con el buen servicio público y reconoce la necesidad de dictar medidas enérgicas y de un carácter demasiado grave para arreglar la deuda pública y contar con alguna parte de las rentas para cubrir los gastos precisos de la administración.

Se ha cuidado de llevar a cabo la nacionalización de los bienes de manos muertas, operación que por el gravamen que pesa sobre las otras

rentas y por el que es resultado de la guerra civil, no ha podido proporcionar las ventajas que en una situación normal produciría.

Grandes economías resultan de la reducción de la fuerza armada llevada a cabo por el gobierno. Los que fueron apoyo de la opresión y de la tiranía, fueron despedidos del servicio como indignos de llevar las armas de la República. Para proceder, sin embargo, con justa equidad, se instituyó una junta calificadora para rehabilitar a los militares de algún mérito que, por circunstancias ajenas a su voluntad, se encontraron alguna vez en las filas reaccionarias y siguieron después, en cuanto les fue posible, las banderas del pueblo.

Los defensores de la libertad, los que con más entusiasmo defendieron en los campos de batalla los principios democráticos, han ido regresando a sus hogares, pero dispuestos siempre a volver a la defensa de nuestras instituciones.

El gobierno ha concedido algunas recompensas a individuos del ejército libertador, particularmente a los que quedaron mutilados e inutilizados; pero estas recompensas, que dictaba un sentimiento de gratitud y de justicia, no embarazan en nada la reforma y reducción del ejército permanente que tenga a bien acordar el Congreso.

Aun durante la guerra no se expidieron más de 315 despachos militares, inclusive las revalidaciones de los nombramientos que hacían los generales en jefe y los gobernadores de los estados, así como los grados, que, si bien son un premio, no importan gravamen para el erario. Desde que se restableció el orden constitucional en la Ciudad de México, no llegan a 20 las patentes expedidas a individuos del ejército y que han sido reclamadas por el buen servicio público.

No ha sido posible que toda la guardia nacional que hizo la campaña regrese a sus estados, porque ha habido necesidad imperiosa de combatir a las heces de la reacción que, sin proclamar ya ningún principio político, se han convertido en gavillas de malhechores en algunas poblaciones del Estado de México, en el sur de Jalisco y en la sierra de Xichú, al mando de hombres tan cubiertos de crímenes, que era imposible entrar con ellos en transacción o avenimiento sin degradar la

dignidad de la República y sin herir de muerte los principios de justicia y de moralidad.

El gobierno tuvo que organizar expediciones competentes para asegurar la consolidación de la paz. En Jalisco, el general Ogazón, gobernador del estado, alcanzó en breve la pacificación del Cantón de Tepic y la destrucción completa de los bandoleros de la Sierra de Alica.

En los estados de México y Guerrero, las gavillas de Vicario han sido completamente destruidas, merced al valor y acierto de los jefes que han guiado en esas expediciones a los soldados de la República.

Las dificultades del terreno en la sierra han hecho que se retarde el buen éxito de las operaciones militares, comprometidas también por la insubordinación de un jefe que ha sido separado de todo mando y en quien se hará efectiva la grave responsabilidad que le resulta de haber frustrado las más acertadas combinaciones.

Las gavillas de facciones que sólo merodean y saquean poblaciones indefensas, esquivando todo combate, han hecho que el gobierno tenga que guarnecer poblaciones importantes para privar de recursos a los rebeldes, mientras puede llevar a cabo proyectos que cree a propósito para la completa consolidación de la paz.

En medio de tan difíciles circunstancias, se ha dado una conveniente organización al estado mayor general del ejército y al cuerpo médico militar y está a punto de abrirse el colegio en que deben recibir educación científica y civil los ciudadanos que en lo de adelante tengan cualquier mando en el ejército.

En las oficinas militares se han hecho grandes economías, fiando todas las funciones importantes a jefes inteligentes y pundonorosos y ameritados por sus servicios distinguidos.

El gobierno ha hecho cesar la leva, que privaba de brazos a la agricultura, a la industria y a la minería. Ha dejado a la sabiduría del Congreso la formación de las bases que deben servir para el sistema de reemplazos y para arreglar el contingente de sangre.

El gobierno, en vista de los datos que se ocupa en reunir, podrá iniciar algunas medidas, no sólo en lo relativo a la organización de la

fuerza armada, sino al mejoramiento de todos los ramos de la administración pública.

Someramente he dado cuenta al Congreso, cumpliendo con un precepto constitucional, del estado que guarda el país.

Demos gracias a la Providencia, señores diputados, por haber ayudado al pueblo mexicano a reconquistar sus libertades y sus instituciones y por haber coronado sus esfuerzos permitiendo que hoy se restablezca el orden legal que le ha de asegurar la paz, el bienestar y la prosperidad.

¡Ojalá y hoy comience una era nueva que no tenga término, en que reine sólo la legalidad y en que, sujetándose las autoridades todas a los preceptos del Código fundamental, no sólo sea imposible sino innecesario el reconocimiento de toda dictadura!

Así lo espera el pueblo del buen sentido, de la ilustración, del patriotismo de sus representantes y el Congreso puede estar seguro de que el ciudadano que durante tres años ha sido, en medio de los mayores peligros y de los más terribles desastres, guardián constante de la Constitución, cumpliendo así con sus deberes, no faltará a ellos jamás y mientras ejerza provisionalmente el Ejecutivo por ministerio de la ley, no omitirá sacrificio por cumplir, acatar y hacer que sean respetadas cuantas disposiciones emanen del Congreso de la Unión, conforme a los preceptos del Código fundamental de la República.

Dije.

CONTESTACIÓN DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON JOSÉ MARÍA AGUIRRE, PRESIDENTE DEL CONGRESO,
AL PRESIDENTE JUÁREZ EL 9 DE MAYO DE 1861

Excelentísimo señor:

Entre los grandes acontecimientos que recogerá la historia, en honor y gloria de la nación mexicana, ha de recordar el suceso feliz de este día, en que la representación nacional vuelve a ocupar el lugar que le tenían designado las instituciones mismas de la República. Este hecho es el resultado preciso de las espléndidas victorias obtenidas contra la facción más organizada y más audaz que ha querido imprimir su voluntad al pueblo mexicano, durante la larga serie de conmociones y trastornos porque ha pasado. En Tacubaya se desconoció el dogma de la soberanía popular y fueron conculcados los derechos todos que hacen apreciable la vida y la sociedad; no era posible que los mexicanos se resignasen a la nulidad y al sufrimiento. Sostuvo el pueblo su causa, no sólo con ardor inusitado, sino con constancia sublime y, en medio de tremendas convulsiones y cuando la guerra aparecía en todo su furor, envolviendo los hombres y las cosas y causando mayores desastres que los que sufrieron nuestros padres en la guerra de Independencia, proclamó principios que, nulificando el poder de sus enemigos, dejaron muy atrás a la Constitución misma de la República. Esos principios que son los que comprenden las Leyes de Reforma, fueron desde entonces el estandarte a cuyo derredor se agruparon los defensores de la democracia, para conquistarlos con su sangre y sancionarlos con el poder de la victoria. No será, pues, el Congreso nacional el que deje de reconocerlos, poniendo luego en armonía con ellos las leyes fundamentales del país. Esta es la primera necesidad de la situación; ésta es la exigencia más importante de la revolución y a ella debe atenderse, salvándose toda dificultad que

pudiera retardarla, puesto que no es posible detener las ideas ni dejar de tener su complemento la Reforma. Mas, como todo parece desquiciado a consecuencia del furor insano con que se ha combatido la causa popular, es indispensable que el Congreso, replegándose al Código Constitucional, ejerza el poder eminente que le compete en la situación, no sólo para dar estabilidad a los principios conquistados y que forman realmente el porvenir de la nacionalidad mexicana, sino para afirmar de una vez las leyes tutelares de la sociedad, poner término a la crisis terrible que aún estamos atravesando y tranquilizar los ánimos atendiendo a los intereses de todos los mexicanos.

Con las Leyes de Reforma se ha abierto un nuevo orden social y el Congreso, que está destinado para señalar un nuevo camino que entraña otra costumbre y otra vida, no sólo necesita tacto y sabiduría, sino facultades y poder para ello. Su sola presencia, por ahora, da a los mexicanos la garantía de un orden legal y por ella debe cesar desde luego al omnímodo poder que durante la guerra y después de ella han ejercido, con más o menos fundamento, todos los que han representado alguna autoridad superior. Los que han fijado en sus banderas libertad, progreso, soberanía popular, no es posible quieran apoyar en la victoria, la arbitrariedad y despotismo que han combatido; preciso es ya que todas las autoridades arreglen sus actos a la Constitución de la República.

Por su parte, los representantes de la nación, que hoy se han congregado por llamamiento de la ley, comprenden la importancia de la misión que deben llenar; tienen fe de que no será éste el último Congreso republicano que presencian los mexicanos, por más que siga esa agitación de ánimo que parece no ve su término. Ni el patriotismo, ni el buen sentido, ni la mayor fuerza de voluntad, pueden levantar en sosiego un orden nuevo sobre las ruinas de todo lo que nos habían consagrado los tiempos.

El Congreso general ve con placentera satisfacción los raros y meritorios esfuerzos que el Ejecutivo ha impendido en la larga lucha que ha sostenido por la libertad común y, al imponerse del estado que guardan los ramos de la administración pública, da testimonio de que en ellos no faltan ni conciencia ni patriotismo.

Afortunadamente se halla al frente de la nación, el ciudadano que con incontrastable constancia ha sostenido los derechos populares, manteniendo con brillo la bandera de la democracia, aun en los días de mayor conflicto y, obrando hoy en apoyo de la representación nacional, será fácil, no sólo alejar los peligros de la patria, sino borrar las huellas sangrientas de la revolución, calmando pasiones aún conmovidas y haciendo apreciar al pueblo mexicano los beneficios de la paz, bajo las instituciones más libres de la tierra.

Dije.

ZARCO PRESENTA SU RENUNCIA COMO MINISTRO DE RELACIONES Y GOBERNACIÓN

Señor oficial mayor del ministerio de Relaciones Exteriores y de Gobernación

Reunido hoy el Congreso de la Unión y consumado así el voto del país que anhelaba el establecimiento del orden constitucional, creo indispensable que el jefe del Estado forme un gabinete parlamentario para evitar todo antagonismo entre los poderes y para que el Legislativo y el Ejecutivo marchen de acuerdo para consolidar la paz y afianzar las instituciones y la Reforma.

Esta razón me mueve a insistir en presentar la renuncia que repetidas veces he hecho de la cartera de Relaciones Exteriores y Gobernación, que se sirvió confiarme en enero anterior el excelentísimo señor presidente.

Vuestra señoría [V. S.] recordará que en más de una ocasión he querido retirarme de los negocios públicos, proponiendo que se formara un nuevo ministerio y que si consentía en permanecer algunos días más fue por mantener la dignidad del Ejecutivo y que no fuese tumultuosamente atacada una de las prerrogativas del jefe del Ejecutivo. Hoy que queda restaurado el orden constitucional, objeto que ha sido tan anhelado por el gobierno, insisto pues en dejar la cartera, en cuyo desempeño he procurado secundar las nobles y patrióticas miras de su excelencia [S. E.] el presidente, tanto para allanar con las potencias amigas las dificultades pendientes como para preparar el advenimiento del orden legal, obrando en todo conforme al espíritu de la Constitución y de las Leyes de Reforma.

Sírvase vuestra señoría [V. S.] manifestar a S. E. el presidente los sentimientos de mi más sincera gratitud por la ilimitada confianza que me ha dispensado y acepte, para sí, las seguridades de mi distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma. México, mayo 9 de 1861.

Francisco Zarco

ZARCO, RAMÍREZ Y ZARAGOZA
INSISTEN EN SU RENUNCIA

Señor oficial mayor del ministerio
de Relaciones Exteriores y Gobernación

En respuesta a la nota de V. S. fecha de ayer que cada uno de nosotros ha recibido, en que nos comunica que el excelentísimo señor presidente juzga necesario que continuemos en el gabinete hasta que se declare quién es el presidente constitucional, debemos manifestar a V. S. que ese tiempo puede durar más de lo que se cree, porque aún no se han recibido en el Congreso las actas electorales de muchos distritos y faltan las de los estados más distantes.

Este hecho, si nosotros siguiéramos con las carteras, prolongaría una situación crítica para el país y retardaría la indispensable unidad que debe establecerse entre los dos poderes, una vez reunida la representación nacional.

En cuanto a los informes que puede necesitar el Congreso para instruirse del estado de los negocios, los actos del gobierno han sido públicos y de los pocos que aún no se han dado a luz, quedan constancias en cada secretaria.

Así, pues, por creerlo conveniente al servicio público y a la restauración del régimen constitucional, así como porque el Ejecutivo pueda marchar sin ningún género de embarazo, nos vemos en el caso de insistir en la dimisión que hemos hecho de las carteras, esperando que, al admitírnosla S. E. el presidente, se persuada de que no son motivos personales ni poca voluntad de hacer sacrificios los que nos inspiran esta resolución, sino consideraciones de utilidad pública, adhesión a los principios constitucionales y profundo respeto a su persona.

Una vez más debemos protestar a S. E. nuestro eterno reconocimiento por la honrosa confianza que nos ha dispensado.

Protestamos a V. S. nuestra distinguida consideración.

Dios y Libertad. México, mayo 11 de 1861.

Francisco Zarco

Ignacio Zaragoza

Ignacio Ramírez

JUÁREZ TIENE QUE ACEPTAR
ESAS RENUNCIAS

Excelentísimo señor don Francisco Zarco,²
Excelentísimo señor don Ignacio Ramírez,
Excelentísimo señor don Ignacio Zaragoza

Excelentísimo señor:

El excelentísimo señor Presidente Interino Constitucional, en cuyo conocimiento tuve la honra de poner la comunicación que V. E. me ha dirigido con fecha de hoy en unión de los señores Ramírez y Zaragoza, insistiendo en la renuncia que han hecho de las carteras que respectivamente tenían a su cargo, ha tenido a bien admitir dicha renuncia, tomando en consideración las razones en que la fundan.

S. E. me ordena decir a V. E. de su parte, las más expresivas gracias por el celo y patriotismo con que ha desempeñado el alto cargo que se le confiara y le manifieste que nunca olvidará que, en los momentos más difíciles para el Supremo Gobierno, ha sido ayudado por la capacidad e ilustración de V. E. para dirigir la marcha de la administración constitucional.

Al comunicar a V. E. esta resolución del primer magistrado, me honro en protestarle mi muy distinguida consideración.

Dios y Libertad. México, mayo 11 de 1861.

² Idéntica carta fue enviada a cada una de estas personas.

Lucas de Palacio y Magarola

Son copias.

México, mayo 11 de 1861.

José María Gaona

AGUSTÍN IGUERA RECLAMA
EL COBRO DE VIEJO ADEUDO

México, mayo 11 de 1861

Excelentísimo señor Presidente don Benito Juárez
Tampico

Muy señor mío de mi aprecio y respeto:

El mes de marzo próximo pasado hicieron mis acreedores una exhibición de \$10,000 pesos por condición de contrato y como refacción del crédito de \$21,800, que el erario federal me debe desde el año de 1854; cuyo reclamo le presenté a usted yo mismo en Veracruz en enero de 1859; negocio en que a juzgar por los ofrecimientos generosos que usted tuvo a bien hacerme en varias cartas y en las que me ofrecía sería atendido favorablemente, en vista de ellas mis acreedores nunca dudaron, ni Garza ni yo tampoco de que serían cumplidas. Bajo este concepto y, en momentos de una escasez suma, en que el comercio con ningún descuento quería proporcionar absolutamente algún recurso a este gobierno para atenciones urgentísimas de la guarnición, mis mencionados acreedores que ya habían esperado sus años en cuyo tiempo han extorsionándome de un modo atroz, se presentaron al señor Garza proponiéndole refaccionar mi crédito para asegurarse no sólo de lo que a ellos les debía, sino también en representación de sus corresponsales de Ciudad Victoria, por cantidades que a estos últimos debo y por lo que me vi obligado a ceder miles como en pago a todos ellos otros \$10,000 pesos a que ascendían mis créditos, otorgándoles además, por indemnización del tiempo que se han esperado, un 15% sobre el 30% concedido por este gobierno, el cual pagaría del pequeño sobrante que me resultara.

El Supremo Gobierno no ha aprobado dicho contrato celebrado con el de este estado y esta resolución me causa un bochorno grande, me

origina la ruina completa de mi numerosa familia, e importa para mí, mi suicidio moral y me condena además a perder de cuenta nueva \$4,800 que vale el 15% en vez de recibir lo que hace tanto tiempo se me debe.

No sé, señor, qué delito habré cometido para verme así contrariado de la justicia y cuando reflexiono, cuando recuerdo que usted como yo hemos comido en Texas el pan del destierro, que empecé mis trabajos y servicios desde que se abrió la campaña de 1854, cuando desde entonces facilité mis recursos, ofrecí mi persona, expuse mi vida, sacrifiqué mi bienestar, mi tranquilidad, el porvenir de mis hijos y, finalmente, todo se me aceptó sin condición alguna por el gobierno, y hoy tenga tanta dificultad para dispensarme su consideración; esta idea me llena de tristeza y casi pierdo la esperanza; pero no puedo creer, señor, de su magnanimidad, que me niegue el reconocimiento de este crédito y espero se servirá ponerlo en vía de pago conforme los términos de la refacción.

Yo, señor Presidente, he tenido oportunidades varias de haberme cobrado; pero como ha sido mi norma la decencia y probidad en todos mis actos, sometí a su superior aprobación la resolución de este asunto que otro individuo menos delicado que yo, ya se habría pagado.

En la revolución de Gautier salvé cantidades considerables en libranzas de que cayeran en manos de los revolucionarios, que conservé cuatro meses en mi poder habiendo avisado al señor Comonfort que las tenía y me ordenó que las guardase hasta que esta plaza volviera al orden, habiendo pasado por la prueba de que Gautier quiso fusilarme porque no le entregaba dichas libranzas -hecho que es público, como es que estuve preso e incomunicado 13 días- y a pesar de la amenaza no quise entregar las libranzas, cumpliendo de este modo mi deber. Hice más; perseguido y muerto de hambre tuve la delicadeza de no tomar mis sueldos de cuatro meses que se me debían y que tenía derecho a disponer para comer, supuesto que estaba guardando intereses del gobierno y que por esta causa se me perseguía.

Usted comprenderá también que en la época que ejerció facultades extraordinarias el señor Garza, pude haber conseguido la orden para pagarme, pero no lo hice por delicadeza y para que no se creyera que él abusaba del poder y yo de las relaciones de familia que nos unen y que

por este motivo me mandaba pagar, siendo ésta la razón porque ahora se sometió a su superior aprobación el contrato de que me ocupo y no porque Garza haya dudado nunca de la existencia de este crédito, cuyo origen le es tan conocido, así como los hechos que justifican mis servicios.

Tal vez, señor presidente, se me calificará de exigente porque no me he conformado solamente con el empleo que tengo y a cuya confianza he sabido corresponder, mas esto supuesto, me permitiré observarle que el que perdió su capital, las utilidades de tres años en una finca buena y lucrativa, la fortuna aunque pequeña de sus hijos, cambió su vida tranquila, las costumbres sencillas, los moderados gastos del trato campesino por un destino de tanta responsabilidad cuya duración no está garantizada sino sujeto a la plumada de un ministro, empleo que exige cierto viso y decencia por decoro del gobierno, lo que hace que no puedan evitarse los gastos en donde todo es caro, en un clima mortífero y malsano, en un mercado en donde se consume doble o triple cantidad que en cualquiera otra parte. ¿Creé usted, señor presidente, que pueda estar conforme con haber dejado lo positivo para venir a lo eventual o lo dudoso? Por todas estas razones, señor, estos destinos no son ni apetecibles, ni lucrativos para un hombre de mucha familia y de probidad como yo. Y esto sin contar con las odiosidades, inconsecuencias, sinsabores, responsabilidad y compromisos en que a cada paso me ponían las distintas autoridades que ejercieron facultades extraordinarias y expuesto como el primero a perder la vida, porque no he sido solamente empleado, sino también soldado.

Bajo este concepto, las espinas del empleo están recompensadas con el sueldo; pero lo que yo he reclamado es cosa muy separada, es el patrimonio de mis hijos.

Ya he molestado la atención de usted bastante y concluyo suplicándole me conteste la presente para gobierno de quien se repite, como siempre, de usted afectísimo amigo y atento s. s. q. b. s. m.

Agustín Igüera

JUÁREZ, CON PACIENCIA,
RAZONA CON EL ACREEDOR

(México), julio 23 de 1861

Señor don Agustín Igüera
Tampico

Muy señor mío y de mi aprecio:

Tengo a la vista las estimadas de usted de 11 de mayo y 29 de junio de este año. En punto a la primera diré a usted que a su tiempo se dictaron por el ministerio respectivo las órdenes correspondientes para que se pagara la suma de \$10,000 que usted consiguió de un convenio con el carácter de refacción a su crédito particular contra el erario de que me habla, porque no estando reconocido éste, no podía considerarse en vía de pago y sólo de esta manera se podían practicar sobre él operaciones que lo hicieran perder el carácter de crédito ilíquido para darle el de pago preferente que tienen las anticipaciones o préstamos.

No me extenderé sobre las diversas consideraciones hacia las cuales llama usted mi atención para fundar la justicia de su pretensión, porque estoy seguro de que usted no desconocerá que, sin estar reconocido y legalizado el crédito que reclama, no pudo servir de base para ninguna operación y que aprobar lo que se hizo sin aquel imprescindible precedente, habría sido un acto injustificable.

Acompaño a usted un ejemplar de la Ley de Hacienda, de 17 del corriente, que en su artículo 6º previene el establecimiento de una junta superior de Hacienda a la que se encarga en la fracción 3ª del artículo siguiente, la liquidación de los créditos, contra el erario hasta 30 de junio del presente año.

Puede usted hacer ante dicha junta las gestiones que conduzcan a la comprobación y reconocimiento de lo que se le adeude, para que este negocio se arregle conforme a la justicia y a la ley.

Refiriéndome a la segunda carta de usted ya citada, en que me habla del arreglo que hizo con varios comerciantes, cuyos créditos considera comprendidos en la suspensión de pagos sólo en una mitad, en virtud de las diversas causales que me expone, ya se dijo a usted oportunamente por la secretaría del ramo lo que convenía sobre el particular.

Sin otro asunto me repito de usted afectísimo y seguro servidor.

Benito Juárez

EL CONGRESO DECLARA QUE DEJÓ DE SER
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DON IGNACIO COMONFORT
DESDE EL 17 DE DICIEMBRE DE 1857

Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación

Excelentísimo señor:

Tenemos el honor de acompañar a vuestra excelencia [V. E.], para los efectos constitucionales correspondientes, el decreto que en uso de la facultad que le concede la última parte del artículo 71 de la Constitución Federal ha expedido el Soberano Congreso declarando que, desde el día 17 de diciembre de 1857, dejó de ser presidente de la República el ciudadano Ignacio Comonfort, que atentó a la soberanía del pueblo por medio del Plan de Tacubaya.

Dios, Libertad y Reforma. México, mayo 13 de 1861.

Francisco de P. Cendejas
Diputado secretario

J. Napoleón Saborio
Diputado secretario

Secretaría de Estado y del despacho de Relaciones Exteriores y
Gobernación.

Sección 5ª

El excelentísimo señor Presidente Interino Constitucional de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a todos sus habitantes, sabed:

Que el Soberano Congreso de la Unión ha decretado lo que sigue:

El Congreso de la Unión ha tenido a bien decretar lo siguiente:

El ciudadano Ignacio Comonfort cesó por voluntad de la nación de ser presidente de la República, desde el día 17 de diciembre de 1857, en que atentó a la soberanía del pueblo por medio del Plan de Tacubaya.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la Unión, en México, a 13 de mayo de 1861.

José María Aguirre
Diputado presidente

Francisco de P. Cendejas
Diputado secretario

J. Napoleón Saborio
Diputado secretario

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y observe. Palacio Nacional de México, a 13 de mayo de 1861.

Benito Juárez

Al ciudadano Lucas de Palacio y Magarola, oficial mayor en cargo del despacho de Relaciones Exteriores y Gobernación.

Y lo comunico a V. E. para su inteligencia y fines consiguientes.

Dios y Libertad. México, etc.

Lucas de Palacio y Magarola

CONTESTACIÓN DE JUÁREZ, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
AL DISCURSO DEL SEÑOR JUAN WELLER,
MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS,
AL PRESENTAR SUS CARTAS DE RETIRO

Señor ministro:

Con positivo pesar recibo las letras de retiro que ponen término a la misión de vuestra excelencia [V. E.] en esta República, puesto que V. E. se ha conducido en su desempeño de la manera más honrosa a su carácter privado y oficial.

Con la debida estimación acojo las seguridades que por orden de su excelencia [S. E.], el presidente de los Estados Unidos, me da V. E. de su leal deseo de estrechar las amistosas relaciones que felizmente existen hoy entre ambos gobiernos y de continuar a los pueblos de las dos repúblicas, los beneficios consiguientes a ellas. De mi parte suplico a V. E. le manifieste que mis constantes esfuerzos se dirigirán a la consolidación y aumento de esas relaciones en el propio espíritu de cordialidad, justicia y recíproca conveniencia que actualmente las rige, a fin de que ellas sean tan útiles y fructuosas como deben serlo para ambas naciones.

Participo, por tanto, de los sentimientos que animan a V. E. por el bienestar futuro de las dos repúblicas y confiadamente espero que, disipadas por el patriotismo y el buen sentido las nubes que la cubren, llegarán con paso firme y seguro a los altos destinos que les están reservados entre las naciones de la tierra.

Agradezco las expresiones de V. E., por el feliz restablecimiento de las instituciones que rigen a la nación y le aseguro que los supremos poderes de ella nada omitirán para consolidarlas a la sombra de la ley, de la justicia y del orden.

Aprecio el nombramiento del distinguido ciudadano de los Estados Unidos, que me anuncia V. E. debe sucederle en el elevado puesto que ha ejercido como una prueba inequívoca de S. E. el presidente de los mismos estados, de hacer efectivas las seguridades que a su nombre me transmite V. E., de sus deseos de estrechar cada vez más las relaciones entre ambos países y serán, sin duda, un medio eficaz para ello, las relevantes prendas de la persona encargada de cultivarlas, cuya celebridad tan eminente como su mérito, le ha precedido en este país y se halla garantizada por la manifestación de V. E.; pero ese mérito no disminuirá en nada la alta estima que V. E. se ha adquirido en sus relaciones con este gobierno, por la lealtad, ilustración, honor y acierto con que ha sabido V. E. conducirlas y que, en consecuencia, harán siempre grata a esta República y su gobierno la memoria de la corta permanencia de V. E. en México.

(México, mayo 14 de 1861).

OCAMPO CREE NO PUEDE JUSTIFICAR
SU AUSENCIA DE LA CÁMARA

Pomoca, mayo 14 de 1861

Excelentísimo señor Presidente don Benito Juárez

Muy estimado amigo y señor de mi respeto:

Hace cinco días que escribí a usted avisándole que oficialmente se me ha dicho por el señor Huerta, que la junta preparatoria nos declaró incurso de las penas de la ley a los diputados que no estuvimos oportunamente en esa ciudad. No tengo la ley a la mano, pero creo recordar que una de las penas es la pérdida de los derechos de ciudadano. Aquí me tiene usted, pues, bien avanzado al cabo de mi carrera. Yo no puedo justificar por qué no comparecí oportunamente. Una de mis razones principales fue el deseo de asegurarme allá medios de subsistencia, no queriéndome atener a las dietas, cuyo pago me parece muy incierto. Tal causal, aunque buena y justa, no digo no la he de justificar, pero ni siquiera exponer. Así ya no iré sino cuando la defensa del señor Degollado lo exija.

Los pasajeros que en el Monte de las Cruces vieron (que) robaron las valijas y que pasaron ayer por aquí, me hicieron saber que la correspondencia se había perdido. Por eso repito el contenido de mi citada.

Debo ahora agregar mi súplica de que dé usted por mí las gracias a la señora por un bote de conserva que se dignó enviarme según me avisa Moncada, y que ayer recibí por la diligencia. Le escribiré con un fletero que al fin conseguí para mi trigo y que saldrá de aquí dentro de ocho días.

Me valgo del señor Amezarri para la entrega de ésta, porque la correspondencia especial de la casa de diligencias no es robada.

Saludo a la familia, y de usted quedo afectísimo amigo y s. s. q. b. s. m.

Melchor Ocampo

MATHEW SE HACE CARGO
DE LA LEGACIÓN DE INGLATERRA

Mayo 15 de 1861

Reservada y particular
Excelentísimo señor don Benito Juárez

Muy señor mío y de mi sumo aprecio:

Como he tenido el honor de explicar a V. E. ayer, estoy encargado de Negocios en los ojos de mi gobierno, hasta que el señor Wyke quiera encargarse de la Legación y en cuanto al gobierno de V. E., hasta que presente su carta de credencial.

Siento a decir que este señor se rehúsa a hacer y el uno y el otro antes que sea arreglada de un modo satisfactorio a los derechos de ley internacional el ultraje y robo a esa Legación. No es posible de negar que la República -y no los bienes de los reos- es responsable para este robo y no lo ha negado el gobierno.

Es muy natural que la Inglaterra no consienta a dilatar, sin límite fijado, el tiempo del pago, por el resultado de los juicios que con gran justicia el gobierno tiene ante los tribunales y estoy cierto que cualquier empleado, menos conocido para su odio contra los extranjeros y especialmente contra la Inglaterra, que el señor Palacios no había concebido una idea tan poco de acuerdo con el honor de México y del gobierno honrado de V. E.

Si las propiedades de los reos son bastante ricas y la justicia lo debe ser, el gobierno no puede temer de encontrarse en dificultades al prometer el pago de un mes, -sino- tiene bienes nacionales y pagarés suficientes que podría poner a lado desde ahora.

Espero todo de lo que me ha dicho V. E. anoche, sobre el pronto nombramiento de un ministro de Relaciones, pues que mientras mi viaje está impedido de un modo muy desagradable; pero si éste dilata, el señor Palacios podría, si parece bien a V. E., escribirme para respuesta que mi nota será sometida al nuevo ministro, a su nombramiento.

En cuanto a la conducta de este señor no deseo decir nada.

Aún en arreglar ese grave asunto yo he querido tener el papel más amistoso para el gobierno de V. E., y no puedo (más) que ser lastimado del resultado.

Muchas veces yo he recibido notas, diversos días después (de) la fecha -y una razón es que la nota es siempre en correspondencia diplomática, considerada como del día de la fecha.

El 11, anoche, yo he recibido, firmada del señor Zarco, su nota del 6 sobre los indios de Yucatán.

Algunas horas antes, si no me engaño, yo había entregado mi nota del 8, al despacho de Relaciones y es cierto a todo trance que el mismo día que yo he entregado mi nota, después de haber visto a V. E., el señor Zarco estaba acordando negocios.

Soy de V. E. el más seguro y afectísimo servidor q. b. s. m.

George B. Mathew

ACEPTA JOAQUÍN RUIZ

Señor oficial mayor, encargado
del ministerio de Relaciones y Gobernación

Las secretarías de Estado, en las circunstancias críticas en que se halla la República, ningún aliciente presentan para el hombre honrado, ni el del honor, porque siendo imposible contentar las exigencias encontradas de la sociedad y aun del partido liberal que rige sus destinos, la reputación mejor establecida se gasta a pocos días; es ponerse a la expectación pública; mas el que profesa los principios de la revolución que ha triunfado y se interesa por el bienestar de su patria, no se puede excusar de admitirlas, cuando sus servicios se le piden en nombre de la nación y por sus órganos legítimos. El pueblo me mandó representarlo y he venido; el excelentísimo señor presidente me llama para que tome parte en la dirección de los negocios de la República y el Soberano Congreso Nacional, otorgándome su licencia, lo ha consentido; acepto pues, las secretarías de Justicia y Fomento, para cumplir mi deber y después de haberme excusado, convencido de que no tengo ni mérito ni aptitud.

Ruego a V. S. dé cuenta al excelentísimo señor presidente, presentándole a la vez mi íntimo reconocimiento por su confianza y V. S. admita mi atenta consideración.

Dios, Libertad y Reforma. México, mayo 16 de 1861.

Joaquín Ruiz

SE NOMBRA A JOAQUÍN RUIZ
MINISTRO DE JUSTICIA

Excelentísimo señor don Joaquín Ruiz,
ministro de Justicia y Fomento

Excelentísimo señor:

Deseoso el excelentísimo señor presidente interino de utilizar las reconocidas luces de vuestra excelencia [V. E.], su notoria probidad y acendrado patriotismo en la dirección de los negocios de la República, se ha servido nombrarlo secretario de Estado y del despacho de Justicia y Fomento, persuadido de que aceptará V. E. tan honroso encargo, en obsequio de los intereses de la nación y, que de conformidad, se presentará a su excelencia [S. E.] a las cinco de esta tarde para la protesta de la ley.

Al tener la honra de participarlo a V. E. para su conocimiento, me es grato ofrecerle las seguridades de mi distinguida consideración.

Dios y Libertad. México, mayo 24 de 1861.

(León Guzmán)

MATHEW DESEA SOLUCIONAR
PROBLEMAS PENDIENTES ANTES DE IRSE

Particular

17 de mayo de 1861

Al excelentísimo señor Presidente don Benito Juárez

Muy señor mío y de todo mi aprecio:

Según las órdenes de V. E., he enviado al señor don Lucas Palacios y Magarola la nota urgente que había antes, conforme a los usos diplomáticos de todo otro gobierno, dirigida al señor Zarco.

V. E. me permitirá observar que creo que al dirigirme su apreciable carta particular, V. E. había olvidado que el mismo señor Palacios había devuelto la nota a mis manos.

Agradezco la noticia que se ha dignado comunicarme V. E. del nombramiento en pocos días de un ministro de Relaciones; yo había esperado por motivos amistosos, arreglar este grave y peligroso asunto antes de mi salida, pero temo que tendrá a dejar (sic) mi encargo al señor Walsham en los primeros días de la semana que entra.

Soy de V. E., con todo respeto y atención, muy obediente y seguro servidor.

George W. Mathew

MELCHOR OCAMPO OBSEQUIA A JUÁREZ
FRUTOS DE SU COSECHA DE POMOCA

Pomoca, mayo 21 de 1861

Excelentísimo señor Presidente don Benito Juárez

Muy querido amigo y señor de mi respeto:

Ayer escribí a usted sobre un negocio semioficial relativo a la insolencia de un periódico que remití a usted. Ahora lo hago sobre un pequeñísimo negocio familiar.

El fletero que debía haber llevado mi trigo, vino ayer y al fin no lo llevó, aunque ya ajustados; pero sí me llevó tres cajoncitos para usted y mi comadrita. El uno es de vino del país. Hácenlo a 14 leguas de esta su casa, en una montaña llamada el San Andrés, y haciendo cosechar la uva silvestre de un gran radio, hasta 12 leguas. Es una industria que camina rápidamente y que creo que llegará a tener cierta importancia, pues que al tercer año, que fue el pasado, ya hicieron más de 300 barriles.

Yo no lo envío para que ustedes lo tomen tal cual es, pues conserva un gusto salvaje, sino para que noten una curiosidad tomándolo con té. A mí y a muchos nos ha parecido que cuando una taza de buen té lleva como un sexto o un octavo de este vino, echado al tiempo de tomarlo, le da olor y sabor de fresa. Suplico a usted que cuando se presente la ocasión haga que también lo ensayen nuestros amigos los señores Mejía, Ruiz, Goytia y Zambrano.

Los otros dos cajoncitos llevan varios ates, de los que ya recomendé a la señora el chirimoyate. Ya no dirán que sólo el guayabate es la industria de Michoacán.

Ha vuelto en estos últimos días a molestarme la erisipela de la cara; pero estoy aliviándome.

Quedo de usted afectísimo amigo, compadre q. b. s. m.

Melchor Ocampo

DISCURSO DE THOMAS CORWIN
AL PRESENTAR SUS CREDENCIALES
COMO MINISTRO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Señor Presidente:

Tengo el honor de presentar a V. E. mis credenciales como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario nombrado por el presidente de los Estados Unidos para residir cerca del gobierno de la República de México.

Al cumplir con este deber me es muy grato poder trasmitir a V. E. la sincera expresión de la buena voluntad que el presidente y el pueblo de los Estados Unidos sienten hacia la persona de V. E. como representante del gobierno constitucional de México.

El pueblo de los Estados Unidos no puede menos de simpatizar con el de México por la tenaz y prolongada lucha que ha sostenido para establecer la libertad civil y religiosa con leyes e instituciones adecuadas y que emanan de la voluntad pública predominante.

El gobierno y pueblo cuyos intereses represento, están dispuestos a creer que el sistema actual de gobierno de quien V. E., señor presidente; es la cabeza del Ejecutivo reconocida, propone llevar a efecto una Constitución que divida las funciones del gobierno en departamentos separados del Legislativo, Judicial y Ejecutivo y prescriba los deberes y limite los poderes de cada uno. Un sistema semejante con legisladores fieles a las grandes obligaciones que les estén impuestas y a los tribunales judiciales, combinando la inteligencia y la probidad para interpretar y aplicar las leyes, con un Ejecutivo pronto y enérgico para compeler a su cumplimiento, se cree, suministra la única esperanza de una solución afortunada del problema de la capacidad de los hombres para su propio gobierno.

La permanencia de un gobierno semejante, leal y enérgicamente administrado, no puede menos de asegurar los grandes fines de todos los sistemas bien ordenados de la forma de gobierno civil, seguridad de las personas y las propiedades y la supresión del crimen, armonizando así la libertad individual en el progreso social y la tranquilidad política.

Mis instrucciones, señor presidente, me recomiendan asegurar a V. E. que el presidente y pueblo de los Estados Unidos alimentan la esperanza de que la tranquilidad interna se ha establecido ya en México y que su pueblo puede dejarse ocuparse (sic) en la dedicación pacífica y laudable de la industria, a fin de que la gran riqueza natural de vuestro rico y hermoso país, pueda desarrollarse enteramente y halle su paso en los mercados del mundo que rápidamente se multiplican.

Entretanto, de conformidad con una regla invariablemente observada por mi gobierno hacia todas las naciones, estoy encargado de abstenerme de toda intervención en ninguna contienda entre los partidos u opiniones políticas o religiosas que puedan existir en México; dentro de este límite me es permitido cultivar aquellas relaciones con vuestro gobierno que tiendan a promover la paz permanente y la prosperidad de ambos gobiernos en todos sus respectivos límites territoriales. A este fin, espero poder confirmar nuestras actuales relaciones amistosas con México por extenderse aún más allá nuestros cambios mercantiles, sobre principios mutuamente ventajosos que unan justamente a las repúblicas hermanas con vínculos de interés, así como de simpatía que naturalmente nacen de la semejanza de sus respectivas organizaciones políticas.

En conclusión aseguro a V. E., señor presidente, en sentido no afectado o diplomático, que, mientras sea mi más alto deber, será también mi mayor felicidad ser el instrumento por el cual se realicen los resultados apetecibles que he indicado.

(Mayo 21 de 1861).

CONTESTACIÓN DEL PRESIDENTE JUÁREZ
AL DISCURSO QUE PRONUNCIÓ MR. TOMAS CORWIN
AL PRESENTAR SUS CREDENCIALES
DE MINISTRO DE LOS ESTADOS UNIDOS EN MÉXICO

Señor ministro:

Con positivo placer recibo la carta autógrafa en que el presidente de los Estados Unidos de América acredita a vuestra excelencia [V. E.] como ministro plenipotenciario y enviado extraordinario cerca de los Estados Unidos Mexicanos.

Los votos del gobierno y pueblo de los Estados Unidos de América, por la felicidad y bienestar del gobierno y pueblo de México, que V. E. se sirve trasmitirme, son para mí tanto más gratos, cuanto que estoy convencido de su sinceridad y reconozco que los dicta un noble y generoso interés.

Agradezco cordialmente los buenos deseos que el mismo gobierno y pueblo expresan por conducto de V. E., en lo relativo a la consolidación del orden y la paz al desarrollo de las instituciones democráticas y al mejoramiento material del pueblo mexicano. Y me es tanto más satisfactorio explicar estos sentimientos, cuanto que puede trasmitirlos una persona tan respetable como V. E., de cuya justificación tiene México testimonios inequívocos.

Mi gobierno cuidará de cultivar con eficaz empeño las amistosas y francas relaciones que felizmente ligan a las dos repúblicas y, espero, como V. E., que de ellas resulten para ambos pueblos bienes positivos e indispensable utilidad. Tengo positiva satisfacción en pensar que para el logro de tan laudable objeto, V. E. es el agente más eficaz, más ilustrado y solícito que México puede apetecer.

Los negocios que V. E. tuviere a bien promover cerca de mi gobierno, en virtud de las instrucciones que al efecto tiene, serán tratados con la franqueza y buena intención que V. E. mismo se propone observar y éste será un nuevo motivo para que las relaciones amistosas entre ambas repúblicas adquieran más consistencia y produzcan resultados plenamente satisfactorios. Sírvasse V. E. trasmitir al gobierno y pueblo de los Estados Unidos, los votos sinceros que el gobierno y pueblo mexicanos hacen por la prosperidad de aquella gran República y por el perfecto bienestar de todos sus habitantes.

(México, mayo 21 de 1861).

EL CONGRESO AUTORIZA AL EJECUTIVO
PARA PROPORCIONARSE UN MILLÓN DE PESOS

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el Soberano Congreso de la Unión ha tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo único.- Se autoriza al Ejecutivo para proporcionarse del modo más pronto y con el menor gravamen posible, un millón de pesos en efectivo, que destinará exclusivamente a los gastos de la campaña.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la Unión, en México, a 20 de mayo de 1861.

José María Aguirre
Diputado presidente

Francisco de P. Cendejas
Diputado secretario

J. Napoleón Saborio
Diputado secretario

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio del Gobierno Federal en México, a 22 de mayo de 1861.

Benito Juárez

Al ciudadano Francisco de P. Gochicoa, oficial mayor encargado
del despacho de Hacienda.

Y lo comunico a V. E. para su cumplimiento y demás fines.
México, etc.

Francisco P. Gochicoa

VIDAURRI SE EXPRESA MAL
DE LA LEGIÓN DEL NORTE

Monterrey, mayo 22 de 1861

Excelentísimo señor don Benito Juárez
México

Mi muy querido amigo y señor de mi aprecio:

Con satisfacción he leído la apreciable de usted de fecha 4 del actual, porque escrita toda por usted mismo, me prueba una marcada distinción y porque en ella me da las seguridades apetecibles de la confianza que me dispensa y debo tener en que tiene usted señalada predilección por el bien de estos desgraciados pueblos.

Siempre he tenido simpatías por usted; por ellas le he profesado una amistad sincera; mas hoy puedo con entera libertad manifestarle estos sentimientos y asegurarle que puede en todo evento contar conmigo y con lo que se le ofrezca; pues jamás he engañado, ni faltado a mi palabra, pudiendo asimismo confiar en que el estado de Nuevo León y Coahuila sabrá corresponder a esa predilección y sacrificarse por sostener la legitimidad de su poder, caso de que algún suceso venga a atacarlo.

Las ideas de que el Congreso se erija en convención, son efecto de la misma revolución y sobre el particular le recomiendo a usted lo que ha dicho el Boletín Oficial de este gobierno. Se asegura aquí que el señor (González) Ortega capitanea ese proyecto y si así es no puedo concebir cómo en Zacatecas se ha expedido un decreto que lo nulifica completamente. Bien explícito es el boletín de este gobierno en su número 31 y aunque la Legislatura nada ha dicho sobre el particular, llegada la vez se explicará en el mismo sentido.

Recuerdo que después del descalabro de Salamanca³ dije a usted que se viniera para este estado; entonces acaso no convino dar ese paso. Hoy le digo que si hubiere algún trastorno que obligue al gobierno a abandonar la capital, se venga para ésta, en donde encontrará apoyo, franqueza y sinceridad, alejándose de esa atmósfera fatal que si no mata, enerva toda acción. Ese paso quizá hará menos larga y costosa la lucha que se empeñe, y le servirá de mucho al gobierno para lo sucesivo.

Seguiré la conducta que usted me recomienda y fiaré en su palabra: no daré entrada a lo que se diga y ocurriré a usted para aclarar las dudas y los hechos, pudiendo estar seguro de que la franqueza será mi norte, y confío en que lo mismo se obrará por parte de usted, pues sus hechos me lo indican.

En cuanto a empleados diré a usted que me permita esperar la resolución del gobierno en vista de lo que he representado últimamente: en esto no he hecho más que lo que aconseja la razón y prevenían las leyes antiguas, obedecer y representar, esto es, manifestar las razones que existen para que no se pueda hacer lo que se dispone, suspendiendo entretanto sus efectos; pero, si no obstante esto se insistiere, no hay más que cumplir; pero faltaría a mi conciencia y a los deberes de la amistad que profeso a usted si no lo hablara con entera franqueza: la insistencia del gobierno en esos nombramientos equivale a una orden para que me separe del gobierno de este estado, pues, desde luego, renunciaría porque los nuevamente nombrados tomarán posesión cuando yo ya no sea gobernador. Esta resolución no es hija del amor propio, no, lo es sí de la convicción íntima de que se me pone un poder frente al mío; de que se introduce o, mejor dicho, se hace renacer la guerra civil en el estado, y se me obligaría a autorizar el que se entronizara la ineptitud sobre la ciencia, la falta de méritos sobre una serie no interrumpida de buenos servicios a la nación y el crimen quizá sobre la virtud. Ruego, pues, a usted no me obligue a dar el paso indicado y revoque esos nombramientos por las

³ Se refiere a la derrota que sufrió Parrodi en marzo de 1858 por tropas al mando del general conservador Osollo, en Salamanca: lo motivó el pronunciamiento de Landa quien aprehendió a Juárez y sus ministros en Guadalajara, habiéndose salvado de haber sido asesinado.

razones que tengo expuestas al gobierno y que suplico a usted medite en ellas.

En el negocio del jurado que sentenció al señor Rejón, bastará decirle a usted que sin duda el ministro que redactó la ley de imprenta no consideró que por las constituciones de los estados no se puede juzgar a los magistrados de los tribunales superiores, a los secretarios de los gobiernos y a otros empleados de alguna categoría, sin que antes la Legislatura respectiva declarara que hay lugar a formación de causa, y como una ley del orden común no puede derogar las constituciones de los estados, y el señor Rejón es secretario de Gobierno de éste, por eso no he podido ni debido reconocer como legal la sentencia pronunciada por el jurado de que se trata; pues no puedo quebrantar la Constitución de Nuevo León y Coahuila, que requiere la declaración de que he hablado para que el secretario del Gobierno pueda ser juzgado. Considero que con lo dicho quedará usted satisfecho y acaso dispondrá se haga una aclaratoria a la ley de imprenta para evitar dudas y disgustos.

Por último y para no ser a usted más molesto, le hablaré de un negocio que puede traer malos resultados si no se pone el debido remedio. La mayor parte de la célebre Legión del Norte, que formó el también célebre don Santos Degollado, se encuentra en San Luis Potosí con su jefe Eugenio García⁴ hombre que desde la edad de 12 años se dio a conocer por el asalto que dio a su propia familia; los que le acompañan son como él y se ocupan en San Luis de desarmar, insultar y vejear a cuantos de este estado van para el interior. No es un solo caso el que se ha dado, han sido varios, y yo he callado y sufrido en silencio; pero no por esto ha dejado de desarrollarse en estos pueblos un disgusto tal, que pueda venir a producir el efecto de que se declare una enemiga hacia San Luis Potosí, que por cierto no podrá resistir el empuje de Nuevo León y Coahuila. ¿Será posible que se toleren tantos abusos y maldades? ¿No llegará a acabarse la paciencia de los hijos de este estado a quienes esos bandoleros persiguen tenazmente? Si son valientes, si sus principios son

⁴ General Eugenio García, teniente coronel cuando planeó y ejecutó el asalto de San Gregorio, en el que murió el general Zuazua.

servir a la nación ¿por qué no van a donde se necesita a los valientes? ¿Por qué no salen a combatir los restos de la reacción y dejan de estar desvalijando a los transeúntes que nada les hacen? Yo suplico a usted que con modo y prudencia ponga remedio a ese mal, que con tiempo doy a conocer para evitar otros mayores.

Disimule usted mis molestias, y con el imperio debido ordene lo que guste a este su sincero amigo y afectísimo servidor que atento b. s. m.

Santiago Vidaurri

JUÁREZ PROMETE A VIDAURRI
REMEDIAR INJUSTICIAS

México, mayo 22 de 1861

Excelentísimo señor don Santiago Vidaurri
Monterrey

Muy apreciable amigo y señor:

Acuso a usted recibo de su estimada de 8 del que rige y enterado de su contenido le ofrezco que haré lo posible para que en la resolución que recaiga sobre las exposiciones de que me habla, se procure remediar el mal de que se quejan los empleados que las han suscrito.

Luego que se me dé cuenta con las diversas exposiciones que usted ha dirigido a la secretaría de Justicia, acordaré la decisión en el sentido más conveniente.

Sin tiempo para más, saludo a usted y me repito como siempre su afectísimo amigo y s. s. q. b. s. m.

Benito Juárez

SE NOMBRA A CASTAÑOS
MINISTRO DE HACIENDA

Excelentísimo señor don José María Castaños,
ministro de Hacienda y Crédito Público

Excelentísimo señor:

Deseoso el excelentísimo señor presidente interino, de utilizar las reconocidas luces de V. E., su notoria probidad y acendrado patriotismo en la dirección de los negocios de la República, se ha servido nombrarlo secretario de Estado de Hacienda y Crédito Público, persuadido de que aceptará V. E. tan honroso encargo, en obsequio de los intereses de la nación, y que de conformidad, se presentará a S. E. para la protesta de la ley.

Al tener la honra de participarlo a V. E. para su conocimiento, me es grato ofrecerle las seguridades de mi distinguida consideración.

Dios y Libertad. México, mayo 24 de 1861.

(León Guzmán)

ACEPTA CASTAÑOS

Excelentísimo señor ministro de Relaciones,
México

Excelentísimo señor:

La nota de V. E. fecha de ayer, me impone de la confianza con que el excelentísimo señor presidente de la República ha tenido a bien honrarme, encomendando a mi corta capacidad el despacho de la secretaría de Hacienda.

Sin antecedentes públicos que puedan justificar tan honrosa distinción, el aceptar ese delicado encargo en las difíciles circunstancias que la nación atraviesa, sólo sería de mi parte una prueba de audacia, si no contase yo para hacerlo más que con mis débiles conocimientos. Tengo, sin embargo, bastante fe en el porvenir de mi país, para acometer la difícil empresa de plantar la bandera de la Reforma en el ramo de Hacienda, con la esperanza de que el Soberano Congreso de la Unión se servirá dar su indispensable apoyo a las bases en que debe cimentarse, en mi opinión, el crédito público.

Sírvase V. S. manifestarlo así, a mi nombre, al excelentísimo señor presidente y hacerle presente mi gratitud por la confianza que me ha dispensado; aceptando para sí, las seguridades de mi distinguida consideración.

Dios y Libertad. México, mayo 25 de 1861.

José María Castaños

DISCURSO DEL SEÑOR CHARLES WYKE AL PRESENTAR
SUS CREDENCIALES COMO MINISTRO BRITÁNICO
ANTE EL GOBIERNO CONSTITUCIONAL

Señor Presidente:

Tengo la honra de poner en manos de vuestra excelencia [V. E.] las cartas por las cuales mi reina me acredita ante V. E. como su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario.

Los benévolos y amistosos sentimientos de su majestad [S. M.] hacia el pueblo de México, de los cuales muy recientemente ha dado pruebas, me imponen el deber de asegurar a V. E. de la satisfacción que ha sentido al saber la terminación de la guerra civil que tantas desgracias ha causado a esta República en los tres años últimos.

Que todas las huellas de esta cruel contienda se borren prontamente por el establecimiento de un gobierno firme y justo, dispuesto a cumplir sus compromisos, a poner término a los desórdenes y a hacer practicables los principios de libertad civil, política y religiosa que V. E. ha proclamado, es el deseo sincero de la augusta soberana en cuyo nombre tengo la honra de dirigirme a V. E.

Me creo muy afortunado en haber sido elegido por mi reina para una misión que confío tenderá a consolidar, mantener y asegurar las buenas relaciones que existen entre los dos países.

De mi parte no omitiré esfuerzo para llegar a tan apetecible objeto y me anima la convicción de que en este esfuerzo recibiré toda la asistencia y ayuda de V. E.

(Mayo 25 de 1861)

CONTESTACIÓN DEL PRESIDENTE AL DISCURSO
QUE SIR CHARLES LENNOX WYKE PRONUNCIÓ
AL PRESENTAR SUS CREDENCIALES
DE MINISTRO DE LA GRAN BRETAÑA EN MÉXICO

Señor ministro:

Recibo con placer de manos de V. E. las cartas en que la augusta soberana de la Gran Bretaña, acredita a V. E. como su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del gobierno de los Estados Unidos Mexicanos.

Los benévolos y amistosos sentimientos de S. M. hacia el pueblo de México, son aceptados por éste con alta estimación y correspondidos con sincera lealtad. Este mismo pueblo y su gobierno agradecen cordialmente los votos que S. M. la reina hace por la consolidación de la paz en esta República, y porque cesen de una vez para siempre sus desgracias.

S. M. la Reina puede estar segura de la buena disposición del gobierno mexicano para llenar cumplidamente sus compromisos y para cimentar sobre bases sólidas los principios de orden y libertad que ha sostenido y que establece la Constitución política del país y las posteriores Leyes de Reforma.

Mi gobierno se complace en que la augusta soberana de la Gran Bretaña haya fijado su elección en la persona de V. E. y espera que su intervención dará el satisfactorio resultado de asegurar, mantener y consolidar las relaciones que existen entre ambos países. Los esfuerzos de V. E. en este sentido serán eficazmente correspondidos por el gobierno de la República, quien no omitirá ocasión de patentizar la alta estimación que profesa a la Gran Bretaña.

(México, mayo 25 de 1861)

EL CONGRESO EXAMINA LA SUSPENSIÓN DE GARANTÍAS

Sesión del día 28 de mayo de 1861

Presidencia del señor Aguirre, don José María

Se presenta iniciativa sobre suspensión de garantías.

Artículo 5º.- Se suspenden las garantías de que habla la 1ª parte del artículo 13.

Artículo 6º.- La primera parte del artículo 16, quedará en estos términos: "nadie puede ser molestado en su persona, domicilio, papeles y posesiones, sino en virtud de mandamiento de la autoridad competente".

Artículo 7º.- Se suspende la garantía concedida en el artículo 21, respecto de los delitos políticos. Solamente el gobierno general y en caso de delito político, podrá imponer penas gubernativas que no pasen de un año de reclusión, confinamiento o destierro. Estas penas sólo las aplicará en los casos en que no hubiere consignado a los reos a la autoridad judicial.

Artículo 10.- La suspensión de estas garantías durará el tiempo que el Soberano Congreso juzgue conveniente.

Dispensados los trámites por 75 votos contra 32 se puso a discusión el dictamen que antecede.

El señor Ruiz pide que se llame a los ministros para presenciar la discusión.

El señor Chico Sein repite lo que ha dicho ya sobre su desconfianza en cuanto al uso que haga el Ejecutivo de la autorización que entraña la medida que se discute.

El señor Zamacona dice que si el orden constitucional hubiere adquirido ya solidez y consistencia. . . hacen que la autoridad no tenga todas las armas constitucionales y que sus enemigos sí gozan de cuantas defensas les da la Constitución. . . el abuso o el no uso que pueda hacer de ellas el Ejecutivo. Que lo primero, a más de contrariar el sentimiento de la Cámara en que se mezcla mucho de confianza en el gabinete, como lo indican algunos actos legislativos muy recientes, no es compatible con el uso que la revolución triunfante, personificada en el gobierno constitucional, ha hecho del poder absoluto en los días inmediatos a su victoria, convirtiendo ese poder en un escudo contra sus propios enemigos; que la lenidad imprudente que se atribuye al gobierno, no es argumento para abstenerse de proclamar una medida que reclaman las circunstancias, ni se opone a que la asamblea, en ejercicio de sus facultades legítimas, obligue al Ejecutivo a emplear el mayor poder represivo que quiere dársele, de la manera más conducente al restablecimiento del orden y la paz.

Se levanta la sesión.

EL DIPUTADO JOSÉ MARÍA AGUIRRE
ACUSA A JUÁREZ ANTE EL CONGRESO,
POR EL TRATADO McLANE-OCAMPO

Sesión del día 29 de mayo de 1861

Presidencia del señor Aguirre, don José María
Aprobada, etc.

Continúa la discusión interrumpida sobre la suspensión de algunas garantías constitucionales.

El señor Suárez Navarro califica de extraño que tan a poco de restaurada la Constitución, se declare imposible su observancia.

El señor Balandrano hace una pintura de las dificultades de la situación.

El señor Linares llama a las facultades extraordinarias la extremaunción de las constituciones y de los gobiernos, etc.

El señor Bautista responde que la medida propuesta por la comisión de salud pública no es anticonstitucional, sino que deriva cabalmente del artículo 29º de la Constitución; que por otra parte la suspensión de garantías ya está votada, en lo general, desde que la proposición del señor Valle pasó a la comisión de salud pública. . . El señor Aguirre sostiene que conforme a la Constitución sólo el presidente puede pedir la suspensión de garantías; que éstas han estado inútilmente suspendidas por tres años; que el artículo constitucional que se cita, supone una grave perturbación en el orden público, que no hay en realidad; que en vez de un remedio que se hiciere sentir sólo sobre los reaccionarios, se trata de uno que afectará a toda la nación; que no hay razón para hacerlo extensivo a todos los estados; que la comisión ha traspasado el objeto del dictamen consultando que se mantenga en vigor

una ley del todo inconexa con la cuestión de garantías. Concluye declarando que el presidente no merece el voto de confianza que quiere dársele; que el mismo jefe de su gabinete le ha tachado de falta de iniciativa y que aun sin esto bastaría recordar que el actual encargado del Ejecutivo olvidó el decoro nacional hasta el punto de ponerlo a los pies de los norteamericanos por medio del Tratado McLane, en que se permitía la introducción de tropas extranjeras al territorio nacional y se autorizaba al gobierno de Washington para el arreglo de los aranceles mexicanos.

El señor Ruiz -don Manuel- dice que va a usar de la palabra para rechazar con toda la energía de su conciencia indignada, la imputación calumniosa que acaba de hacerse al presidente y al gabinete constitucional. Declara que el propinante ha faltado a la verdad y pide que se anote en el acta sus palabras, conforme lo previene el reglamento para reclamar la calumnia.

El señor Aguirre dejó de nuevo el sillón de la presidencia y sube a su asiento habitual para tomar la palabra -rumores de indignación-. Algunos diputados le interrumpen luego que comienza a hablar, llamándole al orden y advirtiéndole que está fuera de la cuestión. El orador calla y vuelve a ocupar el sillón de la presidencia.

El señor Baz vindica al gobierno del cargo de inacción diciendo que es injusto, cuando se dirige al poder que derrocó a la reacción en la capital; añade que hay precipitación en esas inculpaciones que se hacen al gobierno, cuando aún no puede juzgarse del nuevo gabinete; dice que la situación es realmente grave; que no es a la nación sino a los perturbadores del orden a quienes afectará la suspensión de garantías y concluye insistiendo en su calificación sobre la hostilidad que algún orador ha manifestado al Ejecutivo y conjurando a los enemigos de éste y a los que desean colocar en la suprema magistratura a otra persona de su devoción, a que sean francos y acusen ante la Cámara al presidente sin emplear contra él armas prohibidas.

Se pone a votación el dictamen en lo general y resulta admitido por 91 votos contra 19.

RESPUESTA DE CIUDADANOS VERACRUZANOS
A UNA OFENSA INFERIDA A JUÁREZ

El señor don Benito Juárez

Por suplemento al número 1656 del *Progreso de Veracruz* se ha publicado lo siguiente que con gusto y, como un tributo a la justicia y a la verdad, reproducimos:

En el número 19 de *El Club Veracruzano*, correspondiente al día 20 del mes que corre, se ha publicado un artículo, en que no sólo se ofende el buen nombre del primer magistrado de la República, sino también se incurre en inexactitudes dignas de rectificación.

Dícese que el ciudadano Juárez, por su incapacidad y por su nulidad, retardó el triunfo de la causa constitucional. El pueblo de la República ha demostrado ya que piensa de otro modo, pues que una gran mayoría de él ha sufragado a favor de ese mismo ciudadano, a pesar de que ni él ni sus amigos se han esforzado por ganarle votos y a pesar también de que ha tenido por competidores a dos eminentes liberales, por quienes se ha trabajado en las elecciones con decidido empeño. Este hecho ha tenido lugar al fin de la revolución, cuando ya se conocía perfectamente al señor Juárez y sería preciso que la mayoría del pueblo mexicano careciese completamente de patriotismo o de sentido común, para creer que encomendara la dirección de la administración pública a un hombre nulo e incapaz. El autor del artículo en cuestión se equivocó al escribir ese párrafo; porque a pesar del desprecio con que mira a la raza de Guatimotzin y de Morelos, no es creíble que quisiese hacer tamaño agravio a un pueblo que desciende de ella.

Se habla de que el presidente, a la sombra de esta heroica plaza y de su inmortal gobernador pasó el tiempo en no hacer nada. La ciudad que, según la bella frase de sus ilustrados hijos, "al pie de sus cañones,

rodeada de sus leales", supo conquistar el título de heroica, no podía desmentir sus antecedentes: por eso es que, siguiendo las inspiraciones de su patriotismo que, bajo la administración del ciudadano Gutiérrez Zamora ha adquirido mayor realce, supo dar al gobierno legítimo de la República la hospitalidad que necesitaba y a la que tenía derecho en cualquiera de los estados; la que ya le habían dado los de Querétaro, Guanajuato, Jalisco, Colima y Guerrero, hospitalidad que ha venido a aumentar las glorias de Veracruz, porque en su recinto se discutieron, se formaron y publicaron las sabias Leyes de Reforma, uno de los trabajos de ese gobierno, de quien se dice que nada hizo. Otros muchos de menos importancia, pero no faltos de ella, se efectuaron en esta misma ciudad. El Congreso nacional verá muy pronto que el gobierno, durante su mansión en Veracruz, hizo mucho.

Se hace mérito de qué el presidente pasó a Ulúa cuando el faccioso Miramón atacó esta plaza. Este es un hecho innegable, pero lo es igualmente que aquel paso fue debido a las apremiantes instancias de personas muy respetables -el ciudadano Zamora fue una de ellas- que se interesaban en la conservación del ciudadano que representaba la legalidad; esas personas, temerosas de uno de los azares de la guerra, no quisieron que se expusiera aquel cuya falta habría dejado al partido liberal sin un centro de unión, habría quitado a la República el hombre único que podía gobernar en nombre de la ley; quisieron, en fin, evitar que faltando el presidente se hubieran despertado aspiraciones que nos habrían hundido en la anarquía. A estas reflexiones cedió contra su voluntad el ciudadano Juárez y, no pudiera atribuirse su separación a ninguna otra causa, porque, ¿quién, después de lo ocurrido en Guadalajara, se atreverá a tacharlo de cobarde?

Tampoco se comprende quiénes puedan ser los inseparables parásitos que con él asistieron al espectáculo de un bombardeo de que estaban a cubierto. Las únicas personas notables que lo acompañaron fueron los ciudadanos Fuentes, Lerdo de Tejada y Prieto, que no tenían misión en la plaza; no suponemos que la alusión se dirigía a ellos.

Si alguna vez se escuchó en aquella fortaleza otra música que el llanto de las familias refugiadas, fue sólo cuando el bravo batallón

guardia nacional de Veracruz, obsequió con una serenata al primer magistrado de la nación con motivo de su cumpleaños. ¿Se quería que desairase a la diputación -permítasenos llamarla así- de un cuerpo que combatía con gloria contra los enemigos de la libertad?

La aserción de que próximo a Ulúa había un buque extranjero destinado a salvar al ciudadano Juárez, es igualmente inexacta; fue inventada por los reaccionarios y de sus labios la habrá oído tal vez el señor autor del artículo, que en aquel tiempo trataba con frecuencia a los reverendos obispos, pues estaba encargado de la redacción del periódico *La Esperanza*; que dichos señores sostenían. Pero puede estar seguro de que se le ha engañado y sobre este punto apelamos al testimonio de los señores comandantes de buques extranjeros que había entonces en la bahía y en el fondeadero de Sacrificios. Digan con la caballerosa lealtad de marinos, si alguna vez se les habló de recibir a bordo al presidente.

Inexacta y calumniosa es la especie de que el gobierno, por su voluntad, ha procurado retardar la reunión del Congreso y, con tal especie se ofende a la Nación toda, en la persona de sus representantes; porque si tal hubiera sucedido, éstos mejor que nadie lo sabrían y si sabiéndolo no han dado el paso consiguiente, se les supone débiles o faltos de patriotismo. Ya tienen demostrado que no se les puede tachar ni de lo uno ni de lo otro. Pero la verdad es que están plenamente convencidos de la buena fe e inmaculada conducta que en esto, como en todo, ha observado el Presidente. Sólo una pluma no mexicana pudo hacer tanto agravio a la nación, acaso porque los hijos de ésta, pertenecemos a la raza de Xicoténcatl.

Nótase una contradicción muy palmaria cuando después de asentar que las Leyes de Reforma no son obra del ciudadano Juárez, se dice a renglón seguido que cómo no ha de aceptar la responsabilidad de sus actos, si todos ellos han emanado de él. ¿A qué nos atenemos? ¿a que las Leyes de Reforma no son obra del presidente o a que de él han emanado todos los actos de su gobierno?

Sedicioso puede llamarse ciertamente el artículo a que nos referimos, cuando supone que los estados tienen como ominosa la dependencia del centro y los presenta, a su modo de ver el escritor,

hostiles al gobierno general; pero en nuestro humilde modo de pensar, mejor sería que el articulista, dejándose de esos ataques violentos al Ejecutivo de la nación, se ocupara en propagar ideas de unión y manifestar con calma y sin exageración los errores de la administración actual y los medios eficaces de corregirlos; por este medio procuraría conservar la respetabilidad que por todos títulos merece el gobierno de una nación, al que todo buen ciudadano debe llenar de prestigio, impulsándolo por cuantos medios estén a su alcance para que pueda, con más tino y mejor éxito, marchar por la hermosa senda del progreso, la misma que nos ha trazado la revolución que acaba de triunfar. Mas si practicamos lo contrario, como se ha hecho hasta aquí, se acabará por destruir la mayor parte de lo que se tiene adelantado y, entonces, todo trabajo será vano para salvar el actual orden establecido; este mal se debería únicamente a los que, pudiendo con sus luces, influjo y experiencia, refrenar los continuos ataques de una parte de la prensa a la suprema autoridad, se ocupan, por el contrario, en propagar el descrédito y la deshonra de la nación.

Desgraciadamente no parece sino que se trata de lanzar entre nosotros un botafuego y envolvernos en los horrores de una guerra de tan funestas consecuencias como la que acaba de presentarse en la república vecina. No queremos creer que tal sea la idea del escritor, porque pensarlo así sería agraviarlo y nuestro objeto no es ese, sino solamente vindicar el buen nombre del supremo magistrado de la nación y el de los estados de que ésta se compone.

La Providencia salvará a México de correr la misma desgraciada suerte de las repúblicas de Centro América; nos salvará de que encuentren eco las doctrinas que una persona extraña viene a predicar entre nosotros; pero no parece sino que se trabaja por nuestra disolución social y, para convencerse de ello, basta la simple lectura del artículo que nos ocupa y de otro publicado en el número 21 del mismo periódico.

Parécenos excusado decir más, pero no podemos dispensarnos de consignar aquí, que la idea de escisión no puede haber tenido cabida en los hijos del estado de Veracruz, que ha sido, es y esperamos que será siempre, uno de los más entusiastas por su nacionalidad; no desmentirá -

así lo creemos- que los esfuerzos de sus hijos contribuyeron a enarbolar, en la fortaleza de Ulúa, el hermoso pabellón tricolor, bajo el cual los veracruzanos han combatido después heroicamente contra invasores extranjeros. Excitamos a la prensa del estado a que con franqueza diga cuál es el sentir de éste, respecto al lazo federal.

El patriotismo y la justicia nos han inspirado esta contestación; ella no tiene por objeto defender a un hombre a quien la nación ha juzgado ya, tampoco vindicar el buen nombre de la prensa veracruzana, porque el estilo decente y comedido de que siempre han usado sus hijos y los bellos escritos de Esteba y de Mirón, de Vélez, de Roa Bárcena y otros, la han colocado a una altura de que no pueden hacerla descender a los artículos apasionados del *Club Veracruzano* que seguramente no es el eco de los ciudadanos que forman la asociación de su mismo nombre, pues más bien parece serlo de la que fundó Ignacio de Loyola, cuyos hijos pueden muy bien haber fijado la vista en nuestra desgraciada patria y enviado algún jesuita de sotana corta para que nos divida y puedan después dominarnos.

Al escribir estas líneas, estamos convencidos de que carecen de todo método literario y, por lo mismo, suplicamos a nuestros conciudadanos que atiendan a nuestras ideas y no al modo de expresarlas, pues estamos seguros de que éste no es el más correcto, por no ser nosotros escritores públicos.

Heroica Veracruz, mayo 29 de 1861.

J. de la Luz Palafox

Pablo Alcázar

José V. Quiroz

MANUEL RUIZ HACE HISTORIA Y EXPLICA
EL ORIGEN DEL TRATADO McLANE-OCAMPO

Sesión del día 31 de mayo de 1861

Presidencia del señor Aguirre, don José María

Abierta la sesión pública y aprobada el acta de la anterior, se procedió a la renovación de presidente y vicepresidente de la Cámara, resultando electo para el primer cargo el señor don Gabino Bustamante, y para el segundo el señor Cendejas. Por ser este último uno de los secretarios del Congreso, fue necesario nombrar persona que le remplazase interinamente y recayó el nombramiento en el señor Mata.

Se presentaron los señores diputados Hernández, Marín, Hernández -don Alfonso-, Aznar Barbachano y Carbó y aprobadas sus credenciales, se incorporaron a la asamblea.

El señor Aguirre hizo proposición para que el ministerio de Relaciones remita copia íntegra del tratado conocido con el nombre de McLane y de todos los documentos relativos, fundándose en la necesidad en que se encuentra de acreditar la exactitud de los hechos a que hizo referencia en la sesión del miércoles, y en que el desacuerdo de opinión que hay sobre la materia entre los miembros de la Cámara, exige que los documentos del negocio vengan a poner en claro la verdad.

El señor Ruiz, don Manuel. -No ataco, dice, el objeto de la proposición; antes, por el contrario, creo necesario que se instruya la Cámara de los documentos que se piden y, en prueba de ello, traigo para leerlo en la parte relativa, el texto auténtico del tratado en cuestión, que he podido proporcionarme merced al favor del señor ministro de Relaciones. Nunca creí, señor, que los enemigos del gobierno constitucional y de la Reforma, fuesen más sobrios en difamaciones

contra la causa liberal que algunos de sus mismos secretarios; pero estaba en un error, y un miembro de esta asamblea se ha encargado antiier de probármelo. No sólo he querido dar lectura al texto del Tratado McLane, sino que he obtenido permiso del presidente para hacer al Congreso y a la nación algunas revelaciones sobre hechos relacionados con este asunto, y de que redunde grande honor al gobierno constitucional. A pesar de las difíciles circunstancias en que éste se encontró distintas ocasiones durante su residencia en Veracruz, nunca, señor, nunca humilló ante nación alguna el decoro de la República Mexicana. El Tratado McLane se inició en días de adversidad extrema para la causa liberal y, con todo, el gobierno no accedió a las exigencias de los Estados Unidos, sino dentro de los límites de lo justo y de lo equitativo. El gobierno constitucional llegó a Veracruz en estado de verdadera derrota y, en tales circunstancias, se le hicieron por conducto del gobernador de aquel estado y por algunos patriotas que creían que todo era lícito para salvar los principios liberales, se le hicieron, digo, grandes ofrecimientos de dinero y tropas, a condición de pagar el uno con terrenos baldíos, y de que las otras vendrían a combatir bajo nuestra bandera. El gobierno, que creyó que a los mexicanos y sólo a los mexicanos tocaba reconquistar su usurpada libertad, desechó esas seductoras ofertas contra el voto de muchos miembros culminantes del partido liberal. El gobierno, señor, y los ministros que tal hicieron, tienen derecho, hoy, que se les hace el cargo de haber prostituido el honor nacional, de rechazarlo con toda la indignación que debe inspirarle la memoria del propósito en que estuvieron siempre de sucumbir bajo las ruinas de Veracruz, antes que llegar a tal extremo. Insistiendo en sus pretensiones el gobierno de los Estados Unidos, el de México accedió a la celebración de un tratado que no puede ser motivo de rubor para la República. El Senado norteamericano se rehusó (a) aprobar el convenio, cabalmente porque no llenaba las exigencias de aquella nación; posteriormente se renovaron las pretensiones queriendo resucitar el tratado y el presidente constitucional, desoyendo a su gabinete, se opuso a secundar las pláticas. Este hecho se olvidó completamente por sus detractores, cuando para algunos

miembros del partido liberal ha servido como título de gloria la idea de traer tropas auxiliares de los Estados Unidos.

En comprobación de lo que llevo dicho, voy a leer el artículo 5° del tratado, en que consta que la custodia de la ruta a través del Istmo de Tehuantepec, se encomendaría a tropas mexicanas y sólo en el caso de no ser posible proporcionarlas, nuestro gobierno, podrían venir a petición, y con permiso de éste, algunas de los Estados Unidos -lee el artículo-. Con estas explicaciones el Congreso comprenderá la realidad de este negocio y que, no obstante haberse iniciado en circunstancias aciagas, se ajustó con todo vigor al derecho de gentes. Muchas otras sugerencias de la misma naturaleza se hicieron al gobierno constitucional y el presidente casi solo se negó a toda concesión. Este gobierno, desconocido y calumniado, ha tenido la energía de no doblegarse ante los amagos de la escuadra francesa que pretendió establecer una oprobiosa intervención en nuestras aduanas. El gobierno constitucional, sin más arma que su patriotismo y resuelto a sucumbir, se mantuvo en una actitud digna ante las baterías francesas. La misma actitud guardó ante la escuadra española que pretendió interrumpir el juicio relativo a la barca *María Concepción*. No obstante que la marina española pretendió atacar a la plaza de Veracruz, de acuerdo con la reacción, el gobierno contestó a sus amagos que repelería la fuerza con la fuerza; se hizo una intimación para entregar dentro de 24 horas la barca en disputa y, por toda respuesta, los jefes de la guarnición, algunos de los cuales se sientan en esta asamblea, fueron a tomar sus puestos, en las murallas, y los magistrados continuaron el juicio comenzado. Para quien ha sido testigo de esta entereza heroica, es profundamente sensible una imputación como la que ha oído el Congreso. En el presidente constitucional y en sus ministros, durante el período de la guerra civil, habrá habido errores, pero no falta de dignidad ni de patriotismo.

El señor Aguirre comienza a hablar en voz baja, apenas perceptible. Dice luego que se ha leído un artículo del tratado, pero que conforme a los términos en que lo publicó *La Crónica* de Nueva York, contiene algunas palabras de que resulta el derecho de los Estados Unidos para introducir tropas al territorio mexicano sin previo permiso;

que el artículo 8° que consigna la reciprocidad en materia de aranceles, da facultad al Congreso norteamericano de fijar los derechos que las mercancías de aquel país deberían pagar en las aduanas de México; que un artículo adicional establece que en caso de trastorno en la frontera, las autoridades más inmediatas obrarían de común acuerdo para restablecer la seguridad, de donde resultó la protesta de los Estados fronterizos -la voz del orador vuelve a hacerse ininteligible por algunos momentos. Habla en seguida de la autorización concedida por el gobierno para que entrasen al territorio de la República 2,000 extranjeros armados al mando del señor Carbajal. No digo, añade, que deje de haber mérito en los hechos que ha referido el señor Ruiz, pero los documentos auténticos decidirán sobre la exactitud del relato y a esto tiende mi moción.

La proposición relativa queda sin más discusión aprobada.

EL CONGRESO PIDE EL EXPEDIENTE
DEL TRATADO McLANE-OCAMPO

Excelentísimo señor ministro de Relaciones y Gobernación

Excelentísimo señor:

En la sesión de ayer acordó el Soberano Congreso que vuestra excelencia [V. E.] remita copia íntegra del tratado conocido bajo el nombre de McLane, del convenio adicional, de las instrucciones que se dirigieron al plenipotenciario mexicano en Washington sobre este negocio y de todas las notas y documentos que existan referentes al mismo tratado.

Cumpliendo por nuestra parte lo acordado, lo comunicamos a V. E. para los fines consiguientes, protestándole nuestro particular aprecio.

Dios y Libertad. México, junio 1º de 1861.

Guillermo Valle

(Emeterio) Robles Gil

SE ENVÍA AL CONGRESO EL EXPEDIENTE
DEL TRATADO McLANE-OCAMPO

(Señores Guillermo Valle y Robles Gil)
(Secretarios del Congreso)

Excelentísimo señores:

Contestando al oficio que con fecha 1º del actual se han servido vuestras excelencias [VV. EE.] dirigirme, comunicándome el acuerdo del Soberano Congreso para que por esta secretaría se le remitan las notas y documentos que en ella existan referentes al tratado conocido bajo el nombre de McLane, tengo el honor de incluir a VV. EE. en 120 fojas el expediente original que contiene las instrucciones que se dirigieron al plenipotenciario mexicano en Washington y el proyecto y el contraproyecto del tratado que se discutieron en Veracruz. Igualmente hallarán VV. EE. adjuntos el mismo tratado original de 14 de diciembre de 1859 y la convención de igual fecha, de cuyos documentos les suplico me acusen al recibo correspondiente.

Reitero a VV. EE., con tal motivo, las seguridades de mi atenta consideración.

Dios y Libertad. México, junio 3 de 1861.

(León) Guzmán

PACHECO ES DESTITUIDO EN FORMA IGNOMINIOSA
POR EL GOBIERNO ESPAÑOL

Washington, junio 2 de 1861

Excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Excelentísimo señor:

En respuesta a la nota de ese ministerio número 132, fecha 4 del próximo pasado mayo, en que V. E. se sirve recomendarme me informe yo de lo que haya de cierto respecto del rumor que entonces circulaba en esa capital, relativo a que España había declarado la guerra a la República, tengo la honra de manifestar a V. E. que tal noticia no ha tenido el más ligero fundamento.

Lejos de que el gobierno de su majestad católica [S. M. C.] abrigue ahora disposiciones hostiles hacia el de la República, parece por el contrario favorablemente dispuesto hacia la persona del excelentísimo señor presidente. Las tiras que remito adjuntas de las correspondencias de Madrid publicadas por *La Crónica* de Nueva York de ayer, informarán a V. E. de las causas y pormenores de este cambio.

Aun la prensa de Madrid ha moderado ya el estilo insultante que había usado por varios años al hablar de la República y ahora manifiesta gran deseo de que llegue cuanto antes el señor Fuente, que se sabía ya, en aquella capital, va con misión extraordinaria cerca del gobierno español.

Se han publicado también y han sido vistos con agrado, fragmentos de la nota dirigida por V. E. al señor ministro de Estado de S. M. C., de la que me envió V. E. copia adjunta a la nota de ese ministerio número 38, de 18 de marzo último.

Por lo demás, nuestras dificultades con España en la parte que se refiere a la expulsión del señor Pacheco, presentan hoy mejor aspecto que nunca. En las mismas tiras que acompaño a esta nota encontrará V. E. un real decreto de S. M. C, en que se separa a dicho señor Pacheco del cargo de embajador cerca de la República, de una manera que puede llamarse ignominiosa. Se ha suscitado una querrela bastante violenta entre el señor Pacheco y el señor Calderón Collantes, ministro de Estado de S. M. C., cuyos pormenores no son todavía bien reconocidos pero cuyos resultados no podrán menos que ser favorables a los intereses de la República.

Anticipándome a los deseos de V. E., tres días antes de recibir su nota había tenido una entrevista con el señor Tassara y, aunque el objeto principal de ella no fue relativo a las actuales diferencias entre México y España, hablamos por incidente de ellas, y S. E. manifestó ser de opinión que serían pacíficamente arregladas.

Es todo lo que tengo que informar a V. E. respecto del contenido de su mencionada nota y al hacerlo aprovecho la oportunidad para renovarle las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

UNA ACUSACIÓN CONTRA EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

por Francisco Zarco

El país entero recuerda, sin duda, las aflictivas circunstancias que rodearon al gobierno constitucional en los primeros días de su permanencia en Veracruz, cuando el desaliento reinaba en los puntos sometidos a la reacción, donde en verdad, los liberales no abundaban tanto como hoy. Era congojosa la situación interior de la República, era desesperada su situación exterior después de haber sido reconocido el simulacro de poder que creó la facción tacubayista, como gobierno legítimo del país, gracias a las intrigas y a los intereses de un diplomático europeo de inolvidable memoria. Entonces se vio, como una esperanza, como una ventaja, que el gobierno constitucional lograra el ser reconocido por los Estados Unidos de América, prometiéndose el partido liberal que el ascendiente moral de la vecina República, su interés mercantil y aun su apoyo físico fueran auxiliares de la causa nacional y apresuraran el triunfo de los buenos principios.

De esta aspiración que llegó a ser general en los liberales más patriotas e ilustrados, hubo uno que no participó de ella, que se negó abiertamente a llamar en su auxilio tropas extranjeras, ya fuesen del ejército regular de los Estados Unidos, ya voluntarios que al pisar el territorio mexicano, renunciasen a su nacionalidad y recibieran, terminada la campaña, terrenos baldíos en qué establecerse en recompensa de los servicios que prestaran a su patria adoptiva. El hombre que creía que este arbitrio era contrario al decoro nacional; el hombre que previó peligros para la independencia en este recurso extremo, el que no desesperó del pueblo mexicano, creyendo que solo y sin extraño auxilio, había de reconquistar su libertad y sus instituciones,

fue el presidente de la República y, gracias a su resistencia tenaz y obstinada entonces, fracasó la idea de todo tratado de gobierno a gobierno y de todo contrato con particulares que tuviera por objeto la venida a la República de fuerzas extranjeras que siguieran las banderas constitucionales. Del mismo modo combatió toda idea de empréstitos si, para contratarlos, había cualquiera estipulación que acarrease grandes compromisos internacionales.

Lo que acabamos de asentar está probado por hechos notorios y es de una verdad auténtica e incontrovertible. El señor Juárez mereció entonces de muchos de sus amigos la calificación de obstinado y pertinaz, que se repitió más tarde cuando, con el mismo tesón, se negó a aceptar la conciliación de los reaccionarios y la mediación con las potencias extranjeras en el arreglo de nuestras cuestiones interiores. Dos ideas capitales inspiraban el ánimo del señor presidente, un celo escrupuloso por la independencia, por la nacionalidad de su país y por la integridad de su territorio y una confianza ilimitada en el triunfo de la opinión pública y en que el pueblo por sí solo, había de recobrar sus derechos, sin la mengua del auxilio extranjero.

Decimos que casi solo el presidente rechazaba las ideas que entonces abrigan muchos liberales y al hablar así, damos lo suyo a cada uno. Muchos jefes militares declaraban que era indispensable el enganche de voluntarios extranjeros; otros querían que no sólo vinieran tropas sino oficiales; el señor Lerdo de Tejada y el gobernador Zamora participaban de estas ideas, que lo decimos sin embozo, pues no tememos la responsabilidad de nuestras opiniones, eran las nuestras en aquellas aciagas circunstancias. En vano se hacían insistencias al presidente, en vano se proponían las más estudiadas precauciones para no comprometer ni la independencia ni la dignidad de la República, en vano se combinaba la idea con otros proyectos, enlazándola con la necesidad de la colonización, de hacer efectiva la libertad de cultos, de mantener después del triunfo un elemento de fuerza material que completara la pacificación del país. El señor Juárez rechazó todas estas ideas, tuvo desavenencias hasta con muchos de sus amigos íntimos; en su correspondencia contrarió siempre el proyecto y, perseverando en la lucha, los acontecimientos le

han dado la razón y gracias a él, la República venció a sus opresores, sin más auxilio que sus propios recursos y el denodado esfuerzo de sus hijos. Existen multitud de cartas del señor Juárez que comprueban nuestros asertos.

Estamos tan lejos de querer ahora formular un cargo contra los ciudadanos que pensaron en reclutar fuerza extranjera, que acabamos de decir que entre ellos nos contábamos nosotros mismos. Creíamos que éste era el último arbitrio para el pronto restablecimiento de la paz, pero no se nos ocultaban sus inconvenientes y hoy celebramos que la revolución progresista en su triunfo se haya encontrado libre de tales inconvenientes.

Era preciso referir lo que antecede para expresar nuestro asombro al ver que en una de las últimas sesiones, el señor diputado Aguirre haya acusado de traición al señor presidente de la República, recordando como un reproche la celebración del Tratado Ocampo-McLane, en el que si bien se hacían grandes concesiones a los Estados Unidos, no se les ofrecían todas las ventajas que ellos solicitaban, como lo prueba que tal convención no fue aprobada por el Senado americano. El texto del tratado, sea cual fuere su tenor, no es fundamento para hacer cargos al presidente de México, pues es sabido que el derecho de introducir enmiendas y modificaciones, existe hasta el momento de conceder la ratificación. Por lo demás, las franquicias comerciales, el derecho de tránsito a tropas americanas en casos determinados, no envuelven ataque a la independencia nacional, ni pueden justificar el cargo de traición lanzado con ligereza por el diputado de Nuevo León y Coahuila.

No tenemos derecho para investigar cuáles sean las intenciones del señor diputado Aguirre. La conciencia es un sagrario que no podemos penetrar y sólo nos es dado juzgar de los hechos en lo que tienen de patente y de ostensible.

En momentos críticos y solemnes para el país, no creemos prudente suscitar alarmas ni desconfianzas, ni pretender el desprestigio del insigne ciudadano cuyas virtudes republicanas, cuyo amor a la independencia, cuya adhesión sincera a las instituciones, son indudables

al país entero y cuya constancia y entereza han contribuido más que nada al restablecimiento del régimen constitucional.

Si en la pretendida cuestión presidencial y decimos pretendida, porque en realidad de verdad no hay cuestión, cuando las leyes son claras y terminantes, como demostraremos en breve, se pretende ensalzar a un candidato, para esto no es necesario deprimir al otro, ni desconocer los mil títulos que tiene al reconocimiento de sus conciudadanos.

Pero sea de esto lo que fuere, la acusación del señor Aguirre es un poco tardía y está en contradicción con los elogios que hizo al señor Juárez en su discurso del día de apertura de las sesiones como presidente del Congreso. No se diga que la cortesía usual, que la urbanidad oficial, exigían aquellas alabanzas; el presidente del Congreso sólo estaba obligado a contestar en términos generales, y no tenía necesidad de aplaudir los actos del funcionario a quien ahora apellida traidor.

El señor Aguirre, al comenzar las sesiones, fue de los que ofrecieron su apoyo al Ejecutivo para consolidar las instituciones, para sacar adelante el régimen constitucional y pacificar el país. ¿Cómo creía que tan nobles miras cabrían en el magistrado a quien ahora apellida traidor?

La elección del señor Aguirre para la presidencia de la Cámara, se tuvo por los conocedores en política y por el público en general como un síntoma favorable al Ejecutivo, tanto que el nombre de su señoría sonó algo en las varias combinaciones que hubo para formar un gabinete parlamentario y no creemos que el señor Aguirre hubiera entonces rehusado una Cartera. ¿Habría consentido en servir al presidente contra quien lanza él epíteto de traidor?

Celebramos que el Tratado (Ocampo)-McLane y todo el expediente relativo sean examinados por la representación nacional, pues de tal examen ha de resultar el triunfo de la verdad y la honra del funcionario, que en tres años de conflictos y peligros ha sido el firme representante del principio de la legalidad.

Pero este examen sólo puede servir para rectificar la opinión, si es que en ella han influido algo las palabras del señor Aguirre. La responsabilidad del señor Juárez es puramente de opinión, puesto que la

Constitución hace responsables a los funcionarios públicos por actos consumados y no por actos que quedan en vía de ejecución, ni por simples opiniones.

¿Cómo sabe el señor Aguirre, cómo puede saber el jurado, cuáles eran las intenciones del señor Juárez acerca del Tratado McLane, cuáles las modificaciones que hubiera propuesto si se hubiera reanudado la negociación, cuáles los artículos a que habría negado su ratificación? Esta simple pregunta destruye todos los cargos y la esperanza ardorosamente expresada por algunos órganos de la prensa, de que este incidente basta para imposibilitar al actual depositario del Ejecutivo, de ascender a la presidencia constitucional de la República.

Celebramos que el señor Ruiz, que era ministro de Justicia cuando se negoció el Tratado McLane, se haya apresurado a recoger las palabras del señor Aguirre y se haya propuesto desmentirlas solemnemente. En esto se interesa, no sólo la reputación de los señores Juárez, Ruiz y demás miembros del gobierno de aquella época, sino el decoro del partido liberal y dignidad de la República que no quedaría sin mancha, si resultara que habían reconocido como centro de la unidad nacional, a una camarilla de traidores. Estamos seguros de que el señor don Melchor Ocampo no dejará pasar desapercibida esta ocurrencia y que, con la franqueza que lo caracteriza, pondrá en claro los hechos todos.

Hasta ahora el efecto de la acusación ha sido contrario a las miras de su autor a quien, en verdad, nos sorprende encontrar hoy entre los celosos defensores de las garantías individuales, pues recordamos que no le merecían mucho respeto cuando fue ministro del general Arista.

El Congreso, en vez de alarmarse, en vez de desconfiar súbitamente del jefe del Ejecutivo, acalló la acusación dándole un voto de confianza y aprobando en lo general la suspensión de las garantías con lo que robustece el poder y la autoridad del presidente de la República.

Penoso sería en esta ocasión tener que hacer un paralelo entre la vida pública del acusado y la del acusador. Veríamos entonces de qué lado se encuentra más firmeza de principios, más consecuencia política y más adhesión a las instituciones democráticas. Pero tan ingrata tarea es de todo punto inútil, cuando la acusación de traición proferida contra el

señor Juárez, no puede hallar eco en la opinión pública que verá en este ciudadano a uno de los más esclarecidos e insignes patricios que han regido sus destinos.

La opinión pública no puede vacilar entre el señor Juárez y el autor del célebre decreto de 21 de octubre de 1852 que suprimió la libertad de la prensa.

(5 de junio de 1861)

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DIPUTADO
ALTAMIRANO, CONTRA EL PROYECTO DE AMNISTÍA,
EL DÍA 1º DE JULIO DE 1861

Señor:

Con toda la conciencia de un hombre puro, con todo el corazón de un liberal, con la energía justiciera del representante de una nación ultrajada, levanto aquí mi voz, para pedir a vuestra señoría [V. S.], que repruebe el dictamen en que se propone el decreto de amnistía para el partido reaccionario.

Y pido así, porque yo juzgo que este decreto, sería hoy demasiado inoportuno y altamente impolítico.

Comenzaré diciendo, que respeto como nadie las virtudes de los señores diputados que han suscrito el dictamen, que reconozco en ellos un excelente corazón lleno de sensibilidad y de clemencia, pero entiendo que ellos se han equivocado al creer que debía la nación perdonar a sus enemigos con la misma facilidad que estos señores, por su carácter generoso, perdonan a los suyos. Es decir, han confundido a su propio individuo con la nación entera y en eso está el error en mi concepto.

Cumplido este deber que me imponía mi franqueza, voy a abordar luego la cuestión.

He dicho que el decreto sería inoportuno e impolítico. He aquí mis razones:

Sería inoportuno, porque la clemencia, como todas las virtudes, tiene su hora. Fuera de ella, no produce ningún buen resultado, o, hablando con toda verdad, produce el contrario del que se deseaba.

La amnistía, señor, es el complemento de la victoria, pero debe seguirse inmediatamente a ésta. La historia de todas las naciones nos lo dice y está en la naturaleza de las mismas cosas.

Un vencedor que acaba de derrotar a sus enemigos, que aún conserva en sus manos la espada sangrienta de la batalla, a quien se supone sañudo aún y sediento de venganza y a quien se ve repentinamente deponer la expresión terrible del semblante, sonreír con dulzura, arrojar esa espada amenazadora y abrir los brazos para estrechar contra su seno a sus enemigos humillados y trémulos de espanto, a este hombre, digo, se le admira y se le ama.

La grandeza de alma seduce porque el corazón humano admira, por instinto, todo lo que es grande y sublime. Cayo César se conquistó más simpatías con su generosidad en Roma que con su espada en Farsalia y los romanos, ebrios de entusiasmo y de gratitud, dedicaron en su honor el templo de la clemencia.

Enrique IV, el Hugonote, se hizo amar de sus antiguos enemigos con su perdón general.

Pero César y Enrique IV fueron oportunos.

Porque, en efecto, señor, la amnistía es el olvido total de lo pasado, es un perdón absoluto; la amnistía debe concederse como un don de la misericordia, como una caricia que hace la fuerza a la debilidad; es la cólera que absuelve al arrepentimiento. Pero nosotros ¿os hallamos en ocasión de perdonar? He aquí la cuestión y puede responderse con igual exactitud.

Ya no es tiempo, o, todavía no es tiempo.

Si después del triunfo de Calpulalpan, el gobierno hubiese soltado una palabra de amnistía, si hubiese abierto los brazos a los enemigos de la paz pública, esto habría sido inmoral, pero, quizá habría tenido éxito, porque tengo por cierto que al gobierno liberal le quedaban entonces dos caminos que tomar, el de la amnistía absoluta, franca, o el terrorismo, es decir, la energía justiciera.

El gobierno no tomó ninguno de estos dos senderos, sino que, vacilante en sus pasos, incierto en sus determinaciones, rutinero en sus medidas, fue generoso a medias y justiciero a medias, resultando de aquí que descontentó a todos y se hizo censurar por tirios y troyanos.

Y no se diga que calumnio; la nación lo sabe, México lo ha visto; cuando se esperaba justicia seca y dura, el gobierno desterró a los

obispos, en vez de ahorcarlos como lo merecían esos apóstoles de iniquidad; echó a unos empleados y a otros no, de los que habían servido a la reacción; perdonó a Díaz, cuyo cráneo debía estar ya blanco en la picota; fusiló a Trejo porque, aunque era culpable, pertenecía a la canalla y perdonó al asesino Casanova porque era decente y tuvo quién se empeñase por él; absolvió a Chacón, consintió a Caamaño, fue el juguete de Montaña, iba a colocar a Ismael Piña y, en fin, él tiene la culpa de que muchos de esos bandidos se hayan ido con Márquez y ha mostrado suficientemente que no tiene ni el don de la oportunidad, ni el valor de la justicia.

El resultado ya lo estáis viendo, legisladores, nada os diré acerca de él. Pues bien, lo que no se hizo después de Calpulalpan, es imposible ya ahora.

El gobierno con sus desaciertos hizo que la revolución no terminase entonces definitivamente, hizo que se perdiese más en seis meses que (lo) que se perdió en tres años, porque la nave constitucional, que tan serena ha caminado en tiempo de tormentas, está próxima a zozobrar al tocar el puerto; sí señor, hoy, pese a los optimistas, nos hallamos en plena revolución, hemos sufrido serios descalabros, la reacción es impotente, no vencerá, pero se bate con una fiereza horrible; la gran victoria no está muy cercana, los reaccionarios que no están en campaña, suministran toda clase de recursos a los que están; esos infelices que gimen en los escondites, como dice el señor Montes, conspiran desde allí de mil maneras, las esperanzas de esa facción maldita renacen, las partidas de Márquez acaban de visitar las calles de la capital y. . . ¿es ahora cuando vamos a ofrecer la amnistía?

¡Hermosa ocasión por cierto!

La amnistía ahora, no sería la palabra de perdón, no sería la caricia de la fuerza vencedora a la debilidad vencida, sería. . . una capitulación vergonzosa, un paracaídas, una cobardía miserable.

No, V. S. no abdicará de ese modo su dignidad, no irá de rodillas a poner su ley en manos de los bandidos, no rendirá esos parias al Moloch del clero.

Si tal hiciese, maldeciría yo la hora en que el pueblo me ha nombrado su representante.

Reflexionad, legisladores, si hoy decretásemos la amnistía, el partido reaccionario diría y con razón: "Nos tienen miedo y nos halagan". "El Congreso fija la vista con terror en el sombrío Monte de las Cruces y en el cadalso de Ocampo y teme por sí mismo". Y no, ¡vive Dios! El Congreso no teme, porque el Congreso es la nación y la nación que ha luchado por tanto tiempo contra las grandes huestes de estos bandidos, no vendría ahora a temblar delante de uno solo.

Ya veis pues, que la ocasión no es propia y que, por lo mismo, el decreto sería inoportuno.

He dicho que sería además impolítico porque es impolítico todo aquello que no conduce a la felicidad pública, todo aquello que no tiende al buen gobierno de los pueblos.

Hasta aquí, señor, se ha creído en México que la política consiste en vergonzosa contemporización con todas las traiciones, con todos los crímenes; hasta aquí ha sido la divisa de la mayor parte de nuestros gobiernos, el "hoy por ti y mañana por mí". Pues bien, señor, eso es infame, esa será una política, pero una política engañosa e inmundada.

Nosotros pertenecemos al partido liberal que es el partido de la nación y no debemos aquí imitar al viejo dios marino, tomando diferentes formas y disfraces, aquí debemos tomar nuestro color propio y seguir rectos nuestro programa. Basta de Proteos políticos influenciando en la opinión.

O somos liberales, o somos liberticidas; o somos legisladores o somos rebeldes; o jueces o defensores.

La nación no nos ha enviado a predicar la confusión con los criminales, sino a castigarlos.

Lo contrario, sería hundirla en un abismo de desdichas y de horrores.

La razón, voy a decirla, perdonar al partido conservador en México jamás ha producido buenos resultados; sería impolítico, pues, perdonarlo más.

La clemencia en teoría es bellísima, lo confieso, pero en la práctica nos ha sido siempre fatal. Nos bastará echar una ojeada retrospectiva a nuestros últimos años. Os referiré hechos individuales y los referiré, porque los hechos personales caracterizan al individuo colectivo, porque ellos son el resultado del programa de una facción.

Después de la revolución de Ayutla, el ilustre general Álvarez determinó perdonar a todos los santanistas que no pudiendo vencerlo, llevaron el incendio y el asesinato a los pobres pueblos del sur. Jamás había sido llevada la clemencia a un grado tal de abnegación. Estando en Cuernavaca, llamó a don Severo Castillo y este caballero de la edad media, este tipo de delicadeza militar acudió al llamamiento al cabo de mil instancias y órdenes. El general Álvarez le recordó el hecho infame de haber incendiado su modesta finca rural. Castillo se disculpó temblando, entonces el general le dijo que, en pago de aquella acción le confiaba el mando de su antiguo batallón zapadores. Castillo conmovido, o fingiendo conmoverse por esta hermosa acción, iba a postrarse a los pies del anciano caudillo, cuando éste lo contuvo diciéndole que no le agradaban esos actos que degradaban al hombre y envilecían al soldado.

Castillo, agradecido, juró eterna fidelidad al gobierno de Ayutla y ¿qué sucedió? Ya lo sabéis, a pocos días, con la brigada que le había confiado Comonfort, se pronunció por la reacción.

Y ¿Osollo perdonado y mimado vergonzosamente por Comonfort? Y Miramón ¿perdonado también? ¿Y Gutiérrez? y tantos otros, cuya lista es larguísima, ¿qué han hecho?

Crear la clemencia debilidad y morder la mano que se les alargaba. He citado hace poco a Chacón, a Caamaño, a Montaña y otros que están con Márquez y debo añadir todavía ¿qué hicieron los prisioneros que González Ortega salvó en Silao? ¿No los volvió acaso a encontrar en Calpulalpan?

Señor, al partido reaccionario le caracteriza la ingratitud y ser generoso con ingratos es sembrar sobre rocas, aquí y en todos los pueblos.

Dije que César y Enrique IV habían sido oportunos y, a pesar de esto, la ingratitud, no el amor patrio, armó los brazos de Bruto y Casio

contra su bienhechor que los había perdonado y agraciado con la pretura; y el fanatismo puso el puñal en manos de Ravallac. Pues bien, aquí nos encontramos precisamente con la ingratitud y el fanatismo.

¿Y nosotros vamos, aún sin escarmentar, a ofrecer a los enemigos de la nación la oportunidad de hacernos mal?

Sobre todo, señor, ¿se trata de perdonar delitos políticos leves? No, se trata de perdonar un crimen, el más grande todos, el de esa nación.

La República Mexicana se había constituido; ella había elegido, popular y espontáneamente, su gobierno y se había dado una ley fundamental. Pues bien, estos hombres han atentado contra ese gobierno y contra esa ley y han atentado, llenando de luto, de desolación y de sangre a la nación entera. No hay un lugar en la República que no esté señalado con la huella salvaje de esa facción rebelde. No hay crimen que no haya cometido. ¿Se necesitará recordar los asesinatos de Tacubaya, de Cocula y de la Esperanza, se necesitará evocar las sangrientas imágenes de Larios, de Ocampo, de Degollado y de Valle? ¿Será preciso que veáis las propiedades destruidas, los campos talados, los pueblos pereciendo de miseria, la bancarrota en el erario y nuestro suelo todo, manchado aún con la sangre de nuestros hermanos?

Y mirad que en todo esto no sólo tiene culpa el jefe que manda, sino también el subalterno que obedece, porque todos son ruedas y partes de esa máquina horrible de destrucción.

Y ¿vamos a perdonar a estos hombres? ¿Es que no advertimos la indignación nacional? ¿Es que no conocemos lo que es justicia?

No, seamos una vez dignos, seamos una vez justicieros. Ya basta de transacciones y de generosidad estéril. ¡Justicia y no clemencia!

Vergüenza da, señor; se están absolviendo en nuestra presencia a muchos criminales y no alzamos la voz; aún viven Isidro Díaz, Casanova, Payno y todos esos miserables; su causa lleva trazas de no acabarse nunca; la justicia nacional reclama su castigo; el verdugo debía haber dado cuenta de ellos hace tiempo y es de creerse que, lejos de sufrir la pena merecida, dentro de poco vayan a dar un paseo por París, si es que no los encontráis un día por esas calles.

Esto repugna; ¿por fin la majestad nacional ha de seguir siendo el rey de burlas de todos los bribones? ¿No hay aquí respeto a la virtud y odio al crimen? Se castiga al asesino de un hombre, al ladrón de un caballo y ¿no hay pena para el que incendia pueblos enteros, para el que roba los caudales públicos, para el que vierte a torrentes la sangre mexicana?

En vez de leyes orgánicas, en vez de castigos pronto, en vez de alzar la guillotina para los traidores, se nos pone delante una tímida ley de amnistía.

Y esto, en momentos de ver los cadáveres de nuestros hombres ilustres con los cráneos deshechos, con la horrible equimosis que produjo la cuerda con que los colgaron.

¡Oh manes de vuestros amigos sacrificados!. . . Pedid venganza a Dios. . . ¡Nosotros pensamos perdonar a vuestros verdugos y a los amigos de vuestros verdugos!

Yo bien sé que disgusto a ciertas gentes expresándome así, con esa energía franca y ardorosa; yo sé que no son estos los sentimientos de esos políticos de biombo que se estuvieron impasibles durante la lucha, sin apiadarse de la aflicción de la patria y compadeciéndose en los horrores que pasaban fuera de la capital.

Pero yo no quiero transacciones, yo soy hijo de las montañas del sur y desciendo de aquellos hombres de hierro que han preferido siempre comer raíces y vivir entre las fieras a inclinarse ante los tiranos y a dar un abrazo a los traidores.

Sí, yo pertenezco a esa falange de partidarios que pueden llamarse "los Bayardos del liberalismo", sin miedo y sin tacha.

Desde que salí de las costas para venir a este puerto, me he resignado estoicamente a perder mi cabeza y, mientras yo no la tenga muy segura sobre mis hombros, no he de otorgar un solo perdón a los verdugos de mis hermanos. Yo no he venido a hacer compromisos con ningún reaccionario ni a enervarme con la molición de la capital y entiendo que, mientras todos los diputados que se sientan en estos bancos no se decidan a jugar la cabeza en defensa de la majestad nacional, nada bueno hemos de hacer.

Pero yo creo que el Soberano Congreso sabrá mostrar a la nación, que se halla a la altura de sus deseos y que comprende su misión santa. Yo creo que el Legislativo dirá con frecuencia al Ejecutivo en presencia de cada malvado, lo que Mario a Cuma, en presencia de cada enemigo: "Es preciso que muera".

Nosotros debemos tener un principio en lugar de corazón. Yo tengo muchos conocidos reaccionarios, con algunos he cultivado, en otro tiempo, relaciones amistosas, pero protesto que el día en que cayeran en mis manos, les haría cortar la cabeza, porque antes que la amistad, está la patria, antes que el sentimiento está la idea, antes que la compasión está la justicia.

¡Y qué!, el señor Ocampo, un solo hombre, tendría la grandeza de alma necesaria para decir: "Yo me quiebro, pero no me doblo" y el Soberano Congreso, es decir, la nación entera, iría a decir ahora: "Yo sí me quiebro y me doblo y me arrastro".

Es un insulto a vuestra soberanía suponerlo.

Yo os ruego, legisladores, que pongáis la mano en vuestro corazón, que me digáis ¿podrá haber amistad sincera entre el partido liberal y el reaccionario? ¿Se unirán los hombres del siglo XV con los del XIX? ¿los hombres y las fieras?

No, ellos o nosotros, no hay medio.

Y si pensáis que ese partido está débil, os equivocáis, carece de fuerza moral, es cierto, pero tiene la física. Se han quitado al clero las riquezas, pero no pueden quitársele sus esperanzas y sobre todo, esos bandidos que capitanea Márquez, acabando de rumiar el último pan del clero, se lanzan ya sobre la propiedad de los ciudadanos y ved qué porvenir se espera a México todavía por algunos años, si la mano terrible de un gobierno enérgico y poderoso, no viene a salvar la situación.

No, reprobad ese dictamen; perdonar sería hacerse cómplice. Jesucristo perdonaba en su cadalso a sus verdugos, pero se trataba de ofensas personales y no de las de una nación infeliz. . . No imitéis a ese mártir generoso, porque no estáis en su caso y perderíais, con vuestro evangelismo exagerado, a la República. Levantaos juntos, severos,

terribles, y decid a los rebeldes lo que el Señor por boca de Ezequiel:
"Empleasteis la espada. . . y la espada caerá sobre vosotros".